



celso castro sylvia



Lectulandia

Bellísima historia de amor incontenible no correspondido: un hombre se enamora locamente de Sylvia, una bella poeta mayor que él, que ama a otro hombre que no la corresponde, de modo que utiliza al protagonista cuando le conviene. Tantas veces se separan y otras tantas el protagonista vuelve cuando ella acude a él únicamente por interés... En el fondo, Sylvia inflige en el protagonista el sufrimiento del que ella misma es también víctima.

Con su prosa ya característica, la nueva novela de Celso Castro es como un ovillo que vamos deshaciendo sin fin; una obra que nos cuenta una preciosa y triste historia sobre la esclavitud que supone el amor total, en este caso un amor no correspondido. Y, circundantes a la historia, encontramos los grandes temas del autor: las relaciones entre madre e hijo, la enfermedad y unos personajes que buscan la felicidad en el amor. La nueva novela de Celso Castro, uno de los secretos mejor guardados de la literatura española.

Lectulandia

Celso Castro

Sylvia

ePub r1.0

Titivillus 23.09.18

Título original: *Sylvia*
Celso Castro, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*who is sylvia? what is she,
that all our swains commend her?*

WILLIAM SHAKESPEARE

verdad que no pretendo jugar con las palabras, de hecho, detesto jugar con las palabras, y... aquel perfume insufrible que encubría y gaseaba los alimentos, que rociaba los platos con su pestilencia, con... bueno, ya basta, suficiente... que no se debe andar a vueltas con los muertos, ni hurgando tumbas, y además seguro que acabas pensando que tengo algún trauma pendiente. y si lo tengo, es asunto mío, no tuyo... en definitiva, que se suicidó. compró el cuchillo y se cortó las venas allí mismo, en la celda. lo encontraron por la mañana desangrado

y lo que te estaba contando, que desde ese día, desde el suicidio de mi padre, cada vez que me desmayo así, y en ocasiones incluso durmiendo, noto un chasquido en la cabeza, como una descarga cerebral, como un chispazo eléctrico que me recorre el cuerpo entero, me lo atraviesa de arriba abajo ¿entiendes? y al momento esa electricidad se transforma en un desfile de muertos apretujados, una hilera larguísima, interminable de muertos... ya, es que no sé explicarlo de otra manera... que... una noche lo consulté con un poeta viejo de barba, uno que se parece a tolstoi... seguro que te lo has cruzado mil veces... que es un poeta de verdad, de los que duelen. no un memo con galardón, de los que versifican —la geometría del pecado— o —el alfabeto del deseo— o mierdas por el estilo, y... recuerdo que estábamos en una de esas tabernas húmedas y hediondas, de barril y alcohol barato, hablando de verlaine, de walden, de las sonatas de valle-inclán, de... y se lo consulté por si a él también le pasaba, por si era algo habitual en los poetas, y me dijo que sí, que conocía esa sensación, y aún me contó otra que era causada por la contemplación de mujeres a gatas... y... lo que te decía, que siento todos esos muertos dentro de mí, arrastrándose ¿no? arrastrando los pies por unos senderos de color azul pálido, muy sucio y desvaído, y desapacible, frío... y me van caminando por dentro, por esos... que no son exactamente senderos, sino cavidades, como arterias, y... una angustia... no es broma ¿eh? una angustia que tengo que apretarme con fuerza las sienes, y empiezo a chillar y a chillar y sólo mi madre es capaz de sacarme de ahí y —regresarme— traerme de vuelta, y... vino mi madre corriendo a la habitación y me abrazó —ya está, ya está, mi niño, pequeñito...— y me abrazaba, me mojaba la cara con sus lágrimas —ya estoy aquí... mamá está aquí...

—mamá, los muertos... los muertos...

—ya... ya pasó, mi amor, ya pasó... ya se fueron...— y me calmaba, me dormía en su abrazo. me dormí y soñé que estaba en el orzán y había un montón de algas, y entre las algas, unos claros de agua transparente, limpia y verde dorada, en un tono similar al dormitorio de mi madre, y... yo quería avisar a sylvia para que se bañase conmigo, y la buscaba por el obelisco y por los cantones, y veía a ese imbécil petulante de daniel de maría, con su traje y su chaleco y su fular de falso poeta, que venía por los jardines recién recitado, riéndose, burlándose de mí, de mi ansiedad —¿y sylvia? ¿y sylvia? ¿dónde está sylvia?— y él se reía, y... abrevio, que no hay cosa más aburrida que contar sueños, y... nada, que estaba soñando con ese idiota y me puse a dar patadas y —despierta, despierta...— me desperté, abrí los ojos y era

sylvia, que mi madre la había telefonado por la mañana, para que viniera a buscarme, a... recogerme, y como yo aún dormía, se había quedado absorta en mí, acariciándome con ojos estrábicos —tenías una pesadilla...— pero no me preguntó qué soñaba, prefería no indagar, no enterarse de lo que me reconcomía por dentro, no sentirse culpable —qué ¿estás bien? ¿nos vamos?— aparté la manta y me senté en el borde de la cama —sí... me duele la cabeza...

—qué raro... ¿por qué será?— dijo con algo de ironía, algo, un poco, porque sabía que si no, iba a saltar y le iba a llamar de todo. así que cogió las botas conciliadora —ven...— y me las puso. y yo —sé atarme los cordones solo ¿eh? sin ayuda...

—¿sí?

—sí, perfectamente...

—qué mayor...— y bajamos a desayunar, bajé con mi esposa, mi dulce esposa, esa puta

la vitrina

a mi madre no le gustaba sylvia. un día me lo dijo —esa mujer no es para ti...— pero en aquella época, cuando la conocí, mi madre estaba demasiado atareada con su vida, porque salía a cenar y todo eso con —un amigo de tu padre, que... nos está asesorando...— uno que era fiscal. debían de apasionarle las togas, y los engreídos, porque te juro que era todavía más estirado que mi padre. tenía esa sonrisa desagradable de los que no saben sonreír, que no han aprendido. y una voz imposible, recia, que me inspiró el siguiente verso:

rotunda sonoridad de lo hueco

ya sé que no es gran cosa, pero tendrías que ver a quien me lo inspiró. y hablando de versos, la primera vez que lo trajo a casa y me lo presentó, yo... acababa de publicar un poema en —minotauro— la revista que coordinaba daniel de maría, una revista de refinamiento trimestral. el poema se lo había llevado sylvia, varios poemas para que eligiera, luego te lo cuento, y... el fiscal ese... no voy a pronunciar su nombre ¿vale? prefiero... ignorarlo... bueno, pues ese fiscal estaba sentado en el sillón de mi padre ¿no? con los ojos entornados y fumando un cigarrillo tras otro de tabaco inglés, decía que era más fino, más suave... en serio, no estoy exagerando, lo fumaba en una boquilla de platino y arabesco con sus iniciales grabadas, que tampoco voy a pronunciar, y... aun así tenía los dientes marrones, desportillados, supongo que ese era el motivo de que sonriese tan mal, encubrir el deterioro, y... le dice mi madre, que no paraba de lanzarme miraditas de súplica, incómoda ante aquella gélida acogida. ya me dirás qué esperaba... y le dice —mira, a mi hijo le han publicado un poema...— se lo enseña, le enseña la revista, el fiscal lo lee, y empieza a expulsar el humo muy lentamente hacia arriba, hacia el techo, que parecía que se le iba el espíritu, y acaba y dice el muy imbécil —interesante...— como dando a entender que no era el momento ni el lugar de un análisis más profundo, y... de verdad, a mí me revolvió las tripas tanta condescendencia, y que mi madre se relacionara con semejante individuo, aunque no hiciese nada ¿eh? y cuando me dijo lo de sylvia, que no era para mí y no le gustaba, ya... estallé, no pude contenerme y le repliqué en ese —tono impropio de mí— que desesperaba a mi madre y le dolía especialmente, porque me había educado para ser gentil y no perder los estribos ¿sabes? una educación británica o algo así, y por más que se esmeraba, a veces se veía y me veía incapaz de domeñar mi temperamento, y claro, le dolía... en fin, que le grité recalcando muy bien cada sílaba —¡pues a mí, tu fiscal, me produce VERDADERA REPUGNANCIA!— y no me respondió, se calló y no abrió la boca, ni una palabra. y el fiscal no volvió a entrar en mi casa

a pesar de lo que te he dicho, que a mi madre no le gustaba sylvia y eso, en parte porque cuando nos casamos yo tenía diecinueve o veinte años, veinte, y ella casi iba a cumplir los treinta, y... a pesar de esa diferencia de edad y de otras diferencias, mi madre era plenamente consciente de que si quería enderezarme, debía aliarse con sylvia, unir fuerzas. y por esa razón la trataba con una amabilidad ciega, imperturbable. y todo por un malentendido, porque creía equivocadamente que mi descontento y mi insatisfacción provenían del suicidio de mi padre. y no, provenían de sylvia, provenían de que mi espléndido —futuro prometedor— estaba deviniendo un apremiante —presente prometedor— que en un par de años, o en seis meses, según apuntaban algunos estudios realizados en pacientes con un elevado consumo de alcohol, echaría a rodar irremediablemente hasta ser engullido por ese cálido —pasado prometedor— y rumiado día tras día y noche tras noche en gestos, excusas y la rememoración de pequeñas proezas personales, golosinas del yo que nos consuelan, y al contrario de lo que afirmaba dante, que escribió:

*nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria*

que... no te lo traduzco porque se entiende perfectamente ¿no? y... al contrario. en realidad, son el sustento de nuestra vida, el andamiaje de cada hombre y de cada mujer. pero yo no, yo no me conformaba, yo no quería ser como los demás, no quería eso para mí, y... lo de mi madre, que achacaba todo cuanto me sucedía a —la tragedia— de mi padre, a esa —desgracia— y no se imaginaba, porque nunca se lo conté, que la culpa era de sylvia y su deslealtad, y su indecisión, y cualquier otro eufemismo que se te ocurra, y aquellos sentimientos tan volátiles y fluctuantes, y... bajamos, y mi madre estaba cortando unos pomelos, mientras escuchaba las noticias de la bbc, porque estudiaba inglés en la escuela de idiomas, tercero o cuarto, no me acuerdo. estudiaba para distraerse de aquel suicidio y de mí, de las amenazas de embargo e indigencia, y de los papeles y las cartas y escrituras y más papeles y... bajamos y nos preguntó —¿os hago un zumo?— y como ninguno de los dos contestó, le preguntó a sylvia directamente —sylvia, ¿te hago un zumo de pomelo, sí, con miel?

—no, es igual, ya nos vamos ¿no?— y al ver que yo me encogía de hombros, mi madre se decidió —sí, te lo hago, que... ya están cortados... os tomáis un zumo ¿eh?

—gracias...— y sylvia alzó las cejas y me sonrió con esa mirada redonda, de un castaño limpio y otoñal... bueno, lo cierto es que no sé a qué viene lo de otoñal... y tampoco sé a qué viene lo de limpio. porque te juro que en ese momento yo deseaba matarla, te lo juro... deseaba hacerla desaparecer de mí, de mi vida. y si aun así no conseguía nada, matarme yo, como mi padre, y además con su cuchillo de obsidiana.

para que todos viesen que no era ninguna heroicidad, que sólo se trataba de otra de sus presunciones estúpidas, quizá la más molesta, la más ostentosa, me refiero a la vitrina del pasillo. me di cuenta por primera vez al cumplir los diecisiete o dieciocho años... los dieciocho, creo... un día estaba pensando en la arena de colón, que... en la vitrina, aparte de ese cuchillo de obsidiana, que se había utilizado en diversas ceremonias y sacrificios humanos, de niñas y niños, que les arrancaban el corazón y los decapitaban y después los troceaban y se los comían y no sé qué más les hacían, y... aparte de ese cuchillo azteca, también había collares, ajorcas, huesos tallados, cucharas de madera, bobadas de esas, y... en un cuenco de arcilla roja, estaba la arena que había pisado colón cuando llegó a américa, cuando desembarcó. la arena de verdad, la que había pisado con sus propios pies. y se lo dije a la señorita en el colegio, que nos estaba hablando del descubrimiento de américa y de las tres carabelas, le dije que mi padre tenía la arena de colón, la de verdad. y la señorita sonrió y —¡muy bien!— y luego escribió en las observaciones que yo era muy participativo y que siempre levantaba la mano y que me gustaba destacar —afán— fue la expresión que empleó —afán de destacar—

a la salida de clase me acompañaron algunos niños a mi casa, hugo y... otros, para comprobar la veracidad de mis palabras, y supongo que para merendar. y le dije a mi madre que estábamos estudiando el descubrimiento de américa, y que les quería enseñar la arena que había pisado colón, que no se lo creían. y mi madre nos encendió la luz de la vitrina y estuvimos allí, en el pasillo, mirándola en silencio — ¿veis?— pero no pudimos tocarla, porque mi madre no tenía la llave, y aunque la tuviese no nos iba a dejar tocarla sin el consentimiento de mi padre, y... lo que te decía, al cumplir los dieciocho años me di cuenta de que había crecido en esa atmósfera de absoluto envanecimiento, de representaciones vacías, y símbolos vacíos. habían sacrificado mi infancia, desgarrado mis sentimientos, y ahora, henchidos del más infame orgullo, me mostraban abiertamente los utensilios, bien iluminados tras el cristal de la vitrina. y me entraron ganas de romperlo todo, y de llorar hasta derramarme en lágrimas, en sangre ¿entiendes? cortarme los tobillos y las muñecas con ese cuchillo de obsidiana. hacerme cortes muy profundos, y sangrar, sangrar, sangrar... y... entonces me encerré en la habitación y escribí mi primer poema, mi primer poema de verdad. que... aunque visto desde afuera no te lo parezca, los poetas somos muy conscientes de eso ¿no? del instante en que escribimos nuestro primer poema de verdad. porque yo había escrito muchos poemas anteriormente, algunos inacabados, la mayoría. por ejemplo, te recito uno:

de esta lluvia atornillada en sangre
que se adentra rendida
y salpicada
goteando diques donde lo gris

y ahí se inacababa. escribía mierda de esta todos los días, me emborrachaba y escribía en mi cuaderno o en servilletas de papel. bebía y escribía y bebía porque... sentía ese dolor muy adentro ¿sabes? y cada día —se me adentraba— más. y me dolía levantarme por las mañanas, y ducharme, y el espejo, y sonreír. me dolía ser yo, y estar. sólo estar aquí, ya me dolía... bueno, lo del poema... que escribí mi primer poema de verdad:

ya no hay abrazos
este mar anuda sus orillas
y aleja los reflejos desgastados
de escama en escama
la vida se hace inalcanzable

sucumbidos

entonces llegó sylvia, llegó el amor de mi vida, el odio de mi vida, más que mi padre. llegó y... ahí estaba, bebiendo tranquilamente su zumo de pomelo con miel, y sonriéndole al televisor. y mi madre, embelesada —qué riquiños... me encantan los cachorros, de cualquier animal ¿eh?... me encantan... incluso más que los bebés...

—sí, a mí también... son preciosos ¿verdad?— y yo asentí, aunque detestaba los esfuerzos de sylvia por mantener una agradable conversación, intrascendente. me parecían hipócritas, que no afrontaban —el hecho— de que algo se había muerto en nosotros, de que ya no mirábamos igual, de que evitábamos mirarnos. pero asentí, lo hice por mi madre, que ya tenía bastante —sí...— y hasta sonreí como otro maldito hipócrita, otro más. era una de esas noticias que cierran los informativos ¿no sabes? con el propósito de endulzar toda la podredumbre exudada, la humanidad que nunca se cansa de ser humana, la humanidad y sus vitrinas y lo fastidiosa que resulta, la humanidad zumbando obstinadamente en el cristal, bajo llave... la noticia era que habían nacido tres cachorros de tigre en una reserva, o en un zoo, qué más da... y andaban retozando por la hierba, a saltitos, con esas cabecitas limpias, ajenos a cercas, barrotes, vigilantes. y mi madre —me encantaría tener uno así de pequeñito en casa...

—pero, mamá... ¿qué vas a hacer tú con un tigre en casa?

—pues cuidarlo... qué voy a hacer...

—¿y cuándo crezca?

—lo dejaré en libertad...

—¿dónde, en el jardín?

—donde sea... anda, tómate el zumo, que se le van las vitaminas...— que a veces mi madre era un poco seca conmigo, brusca, y no lo digo como reproche, que no me extraña, porque cada dos por tres llegaba a casa sangrando ¿no? y en ocasiones, acompañado, ya me entiendes, y... era como si una parte de ella quisiera besarme y la otra, abofetearme. algo así. y se bloqueaba y me soltaba alguna frase de esas, las vitaminas o... —pues atiende cuando te hablo...— que me lo dijo un día, hace tiempo, años, que me estaba buscando la policía. y además no había sido por mi culpa, sino por culpa de hugo, del anisette. que ahora es un escritor muy serio y concienzudo, premio nacional y todo, pero en aquella época no sé qué le pasaba, que... más o menos quincenalmente celebraba su —jornada del anisette— empezaba a beberlo por la tarde y a las nueve o diez ya estaba imposible, de verdad... imposible. se metía con la gente que encontraba por ahí, por la calle, o por las terrazas, y les llamaba burgueses y cerdos y que le daban asco, y les hacía burla, les recitaba un soneto de quevedo, muy solemne. seguro que lo conoces:

miré los burros de la patria mía
si un tiempo fuertes ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía

aquella noche, tras el recitado, hugo causó ciertos destrozos en una cafetería de la marina, el cristal de la puerta y copas y... no recuerdo exactamente, le abrió una ceja a alguien, creo que a un concejal. en fin, lo importante es que me estaba buscando la policía, y... a media mañana subí al monte de san pedro, al restaurante en el que comíamos a veces, y llamé a mi madre y le pregunté si me invitaba a comer en ese restaurante, que yo ya estaba esperándola. y mi madre me riñó por teléfono y me dijo que la policía había estado en casa indagando y la habían interrogado y que si conocía mi paradero, que era mejor que me personase voluntariamente en comisaría, y cuanto antes, y... que no se me ocurriese moverme del restaurante, que enseguida se vestía y cogía un taxi. y eso, que llegó mi madre y traía un sombrero muy bonito, como de seda, que hacía unos visos de tonalidad verdosa ¿no? y yo había estado toda la noche de un lado para otro, que habíamos conseguido anfetamina en el búho, y claro, me quedé pasmando con el sombrero, con esos visos. y mi madre, riñéndome —¿qué miras?

—nada...

—pues atiende cuando te hablo...

—no, si atiendo... es que no te lo había visto nunca...

—pues hace mil años que lo tengo...— bueno, una conversación de estas. luego se echó a llorar y ya no me riñó más, supongo que se culpaba de mi angustia, y de mi —comportamiento anómalo— y de mi dejadez y poca ambición, y de tanto desinterés. y no sabía qué hacer conmigo, cómo actuar, si con cuidados o con exigencias. y lloraba, sólo lloraba

debo reconocer que aquel día sus lágrimas no me afectaron demasiado, estaba cansado, insensible, aburrido. quería cerrar los ojos y desaparecer, apagar el mundo, es lo que quería... lo gracioso es que seguí la recomendación policial y me personé con toda mi inocencia en comisaría, y ante el juez, y aunque los testigos confirmaron que yo prácticamente no había intervenido, me condenaron igual, porque tenía antecedentes de —gamberrismo— por lo de las papeleras, por —causar destrozos en el mobiliario urbano— y... no sé de quién fue la idea, pero me condenaron a cuidar de un anciano, que... en realidad, no era tan viejo. me condenaron a multa y tres semanas de trabajo social, de las que no cumplí ni una, ni tres días. te cuento... mi misión consistía en acompañarlo al ambulatorio, al centro de día, ir al parque, estar con él, animarlo, esas cosas... que ya me dirás ¿no? a quién se le ocurre semejante disparate. porque yo estaba en las mismas condiciones que él, o peor ¿sabes ese

período de tiempo que transcurre desde que una persona sucumbe hasta que muere? ... pues yo estaba en ese período, estaba sucumbido. y él también, éramos dos sucumbidos... por ejemplo, la primera vez que me lo presentaron, que me llevó a su casa el asistente, o coordinador o lo que fuese, el que se encargaba del cumplimiento de mi condena, y... me lo presentó, nos quedamos solos y le digo con el más falso de los entusiasmos, que a mí tampoco me apetecía, le digo —qué ¿vamos a pasear al parque?— y me mira muy serio, como ofendido, y me suelta —¿para qué?— y yo —bueno, para... hace sol y...

—y los días van pasando... uno y otro y otro... todos iguales...— te juro que me dijo algo así, o por el estilo, al menos ese era su sentido. y yo... impertérrito, sin alterarme —¿qué es, un poema?

—es una mierda...— me contesta. eso fue el primer día. al tercer día, el último, conseguí convencerlo y bajamos al parque, que me crispaba los nervios el tictac de su reloj de pared, y las viejas fotografías y adornos y el resto de detritos acumulados, y... bajamos y nos sentamos a la sombra de un gran árbol, en un banco de madera con respaldo, bastante cómodo. y yo me puse a fumar un cigarrillo de hachís, que había liado algunos para pasar la mañana, era mi único aliciente. y lo estaba mirando mientras fumaba, que se sentaba ahí callado, a escuchar pájaros, muy tenso, y... lo miraba y me recordaba a mi padre ¿no sabes? encontraba cierto paralelismo. y me imaginaba que si mi padre no se hubiese suicidado en aquella celda, si no hubiese aliviado esa sangre antipática y huraña que le recorría los capilares, en unos cuantos años, tres o cuatro, habría estado tan sucumbido como ese anciano o más. y también pensé que a veces no tienes fuerzas ni para suicidarte, que incluso para suicidarte debes tener buen ánimo... en lo que respecta a mi padre, era evidente que ese buen ánimo, ese arrojo, se lo había proporcionado la desesperación, el horror a precipitarse socialmente. bien... estoy pensando esto, y sin saberlo, anticipándome, presintiendo lo que iba a acontecer en poco más de media hora, y de repente empieza el anciano, que no digo su nombre por consideración a sus familiares, si es que existían, que yo no los vi por ninguna parte, y empieza —kif, kif, kif...— que yo al principio creí que estaba imitando el canto de los pájaros. y venga —kif, kif, kif...— machaconamente, como encallado en la palabra. y después —larache, larache, larache, larache...— casi gritando, que hasta se acercó una señora a interesarse. y ya me agobié ¿no? que a lo mejor había inhalado accidentalmente alguna bocanada de humo y le había sentado mal y me caía otra condena gratuita. en fin, que lo levanté del banco, lo agarré así por los brazos, que no pesaba nada, y lo llevé apresuradamente a su casa por si se desmayaba o algo. y todo el camino —larache, larache, larache...— y en el ascensor seguía —larache, larache...— que no paraba. bueno, pues llegamos a casa, lo dejo recostado en el sofá, las piernas alzadas y rodeado de cojines, que luego me explicó el coordinador que yo había actuado correctamente y que era la posición adecuada, la posición antishock, y... lo dejé en esa posición antishock, me fui al baño un momento a refrescarme la cara, y vuelvo y lo veo encaramado al alféizar de la ventana, medio

meñique y me estaba cortando las manos con los cristales, y una arteria, la radial, y sangraba muchísimo. estaba tan fuera de mí, tan trastornado que le grité a mi madre —¡MIRA CÓMO ESTOY, JODER!— que yo en circunstancias normales nunca le hablaría así a mi madre, nunca. lo proscibía el respeto y esa educación británica que he mencionado, y... mi madre se quedó mirándome ¿no? las manos ensangrentadas. pero no como una madre mira a su hijo, sino como se mira a una naturaleza extraviada, que ya no se reconoce. me miró y se puso muy erguida, muy rígida y pálida, y me asusté. me dio la sensación de que su corazón iba a detenerse en cualquier momento, y se iba a caer muerta allí mismo, en el pasillo. te juro que casi pude oír el chasquido, y me asusté tanto que le dije —ya está, mamá... mira, ya estoy bien...— que era lo más absurdo que se podía decir con toda aquella sangre chorreando

no niego que tal vez hubiese algo histriónico en mi comportamiento, no sé, una mezcla de histrionismo y deseo. sin embargo... y esto es esencial, si quieres, apúntalo... no importa que una cosa, un acto, un hecho sea verdad o no. lo único realmente importante es que nos lleve, que nos mueva, que nos conduzca a alguna parte, y... al día siguiente, o dos días después, la vitrina desapareció del pasillo, y de mi vida, que yo creí que la estarían restaurando en un taller de esos, que restauran muebles, pero jamás he vuelto a verla, y... por supuesto, me indultaron. y era lo justo, porque yo no había cometido ningún delito, ni había sido partícipe de nada, que había sido hugo. aunque lo que inclinó definitivamente la balanza de la justicia a mi favor, fue tener una madre solvente, que pagaba las multas. y también lloraba a escondidas, se desmoronaba tras las puertas como... el terrón de azúcar que disolvía en su cucharilla de té, y que siempre observaba con la curiosidad de una niña traviesa. en fin, una madre que ya apenas podía alzar su ceja izquierda, que me encantaba oírla hablar con esa ceja alzada. y muchas veces, cuando estábamos de buenas, le cogía la cara con las manos y se la acariciaba con el pulgar, y le decía —mamá, hay que reconocer que eres bastante guapa...— y se reía. ahora no se ríe, ahora se dirige a mí en ese tono seco, sobre todo en presencia de sylvia —tómame el zumo, que se le van las vitaminas...

—cómo se le van a ir las vitaminas...

—que sí, que se le van...— supongo que quiere hacerle ver que ella no me ha malcriado, y que lo mío se arregla con un poco de severidad, una severidad de la que mi madre carece. y sé que en este mismo instante, y en otros mismos instantes pasados, debería levantarme y abrazar a mi madre. y sé que no haría falta hablar, decir nada, sólo abrazarla en silencio, y ella comprendería. aun así... y al igual que en esos otros instantes del pasado, me complazco, y me duele emplear esta expresión, pero es lo cierto, me complazco en esos ojos que rehúyen mirarme, y me bebo mi zumo de pomelo ácido, y acabo y le digo a sylvia —qué ¿nos vamos?— y sylvia se encoge de hombros y nos vamos

caparazones

si nunca has suplicado de rodillas que no te abandonen, si no te has arrastrado a los pies de la persona que amas y no la has seguido babeando hasta el ascensor y por favor, por favor, y que harás lo que quiera, pero por favor... si no te has desgarrado en la soledad de tu casa, ni has besado su fotografía con una ternura que desconocías, ni has apretado su camiseta contra tu cara y la has olido y la has empapado con tus lágrimas, entonces es mejor que me dejes en paz y te vayas por ahí, porque no entenderás ni una palabra de lo que quiero contarte, ni una sola palabra

bien, era una mañana de finales de mayo, o sea, la mañana del zumo de pomelo ¿vale? y de los cachorros de tigre, esa mañana. sylvia y yo bajábamos hacia riazor, mirando a todas partes ¿no? buscando algo que nos hiciera salir de nosotros... no lo encontramos, y sylvia propuso un paseo por la playa —¿vamos por la arena?— y nos fuimos caminando por la orilla, uno al lado del otro, tan solos y tan lejos, que sylvia se distraía con las conchas y los restos de vidrio y porcelana pulida —mira qué bonita...

—sí...— y pensé que riazor era una playa envejecida, que se adornaba con los cadáveres que la marea arrastraba hasta allí, igual que nosotros, igual que aquel cadáver sin ojos que vi cuando era pequeño, cuando no se me pasaba por la cabeza que riazor ya era la playa más envejecida que existía. y sylvia —¿sabes qué es esto, eh?

—no... una medusa...

—no, qué tontería... una medusa...

—no sé...

—es el caparazón de un erizo... es precioso ¿verdad? me lo voy a llevar...— para sylvia todo era precioso, los tigres, las conchas marinas, los erizos y sus caparazones, todo... —oye, sylvia, ¿por qué no vienes otro día, eh? y te llevas los caparazones que quieras, y la playa entera...

—ya veo que hoy estás de malhumor... ¿te sigue doliendo la cabeza?

—no, no me duele la cabeza, ni estoy de malhumor... estoy de un humor excelente...

—¿sí?

—sí, excelente...

—pues invítame a un helado...— que sylvia era así, cuando no quería enterarse de algo, no se enteraba de nada, y... me cogió de la mano y subimos las escaleras del paseo. hacía mucho tiempo que no íbamos de la mano por la calle, muchísimo. era agradable, te dabas cuenta de cuánto la habías amado, y de cuánto daño te había hecho. de que habías llegado el último, habías llegado cuando los afectos ya estaban

asignados, y aquel —apego— como decía ella, o —inercia— como decía yo, a su —dani— como decía ella, o —al botarate más presuntuoso que dios había creado— como decía yo, aquel apego... aún recuerdo la noche de la bofetada, que le pegué porque quería irse con él a un recital de poesía en granada, o en córdoba o por ahí. y yo —pero si es un viejo, si podría ser tu padre...

—sí, es que para mí es como otro padre... uno me dio la vida, y... daniel me enseñó a vivirla ¿entiendes?— y entonces fue cuando le pegué y le hinché el labio, el labio superior, y después ella a mí me destrozó la cara, literalmente, que me clavó las uñas, y tenía unos arañazos tan profundos que tardé más de dos semanas en curarme, y en ir a ver a mi madre, que no me atreví a contárselo, porque si se lo cuento, me mata a sentencias. que una vez me peleé con una niña en el instituto, con una idiota, y la llamó el director a su despacho, a mi madre, que también estaban los padres de la niña y la niña y el jefe de estudios y medio instituto, y... mi madre estuvo todo el tiempo callada, escuchando las quejas. y al terminar, me miró con ese gesto de desaprobación, de decepción que utilizaba en ocasiones muy especiales y muy señaladas, y que era sumamente eficaz, porque esa decepción me desterraba, me apartaba de su amor, que era lo único que poseía, y yo siempre agachaba la cabeza avergonzado y me ponía a llorar, y... me miró y me dijo delante de todos, midiendo bien las palabras —¿sabes qué dice el profeta, eh?... que no debes pegarle a una mujer ni con el pétalo de una rosa...— y claro, yo me eché a llorar, y supongo que los demás pensarían que lloraba por lo que había dicho el profeta o por la reprimenda o por el temor a un castigo, y no, lloraba por esa decepción de mi madre y por el sufrimiento que le causaba y por sentir ese aislamiento, esa incomunicación, porque... creo que fue la noche de las papeleras, o cualquier otra noche, que me acompañó la policía a casa, y cuando se marcharon, mi madre empezó a dar vueltas a mi alrededor ¿no? que no quería ni mirarme. y entonces me dijo, con los ojos llenos de impotencia y de rabia y lágrimas —me retuerce el corazón verte así lo del helado, que fuimos a la heladería italiana y la invité a un helado, no me acuerdo de qué, y nos sentamos en un banco de los jardines. había una niña pequeña jugando con un globo, un globo rojo... bueno, el color me lo invento. y sylvia la miraba con una sonrisa triste, melancólica, porque... sylvia deseaba por encima de todo tener un bebé, yo creo que lo necesitaba ¿no? como tú y yo necesitamos las manos o los ojos o el corazón para que nos lo retuerzan. era... como si hubiese nacido para completarse en ese bebé. y yo se lo había prometido cuando nos casamos, porque la amaba, y quería hacerla feliz. aunque para mí resultaba descorazonador, y se lo dije, que resultaba descorazonador ser un medio para conseguir ese bebé, y que al final, los hombres sólo éramos eso —un medio— y que la pasión amorosa concluía con el parto, en el preciso instante de la coronación, que asoma esa cabecita y ocupa tu lugar. y sylvia me dio la razón y que sí, que reconocía que había mujeres así, pero que ella sentía una inmensa admiración y devoción por mí, y que yo, que nuestro amor siempre sería lo más importante. esto me lo dijo al principio, luego... llegó el infierno, mi vida se

degradó en un suplicio constante, inútil, que a sylvia tampoco le había servido de nada. y es que aún no había cumplido su deseo, aún no había decidido quién iba a ser el padre de su bebé, dudaba... porque yo le parecía un tanto inconsistente, inestable... en cuanto a daniel de maría, su —dani— su —segundo padre— ese soberbio majadero, era perfectamente consciente de que no distaba mucho de aquel globo rojo o verde o azul que había venido a parar a sus pies... lo recogió del suelo y se lo devolvió a la niña —¿de quién es este globo precioso, eh, es tuyo, sí?— la niña no respondió, se quedó mirando el helado, y sylvia se lo ofreció —¿quieres?— entonces se oyó la voz vigilante de su madre, llamándola. sylvia le dijo adiós con la mano, y a mí —¿y tú, quieres probar?

—no...

—está muy rico...

—ya...

—ah... ¿te acuerdas de lo que vimos el otro día? ¿de la luz que vimos en la torre?

—sí...

—pues me dijeron que era una estrella fugaz, una perseida...

—¿tan cerca?

—sí... no sé, me dijeron eso...

—ya... escucha, sylvia... yo...

—¿qué?... ¿eh?

—que... nada, que quiero que nos divorciemos...— me miró unos segundos, después bajó rendida la mirada. sabía que le estaba haciendo daño, porque yo también me estaba haciendo daño, porque nos habíamos hecho daño casi desde que nos conocimos, porque ese daño no iba a cesar con ningún divorcio, no era suficiente... y le temblaban los labios mientras mordisqueaba aquel helado, mientras me decía con voz ahogada y ronca —vale...

—yo... es igual... no quiero seguir así...

—vale

se levantó del banco para tirar el helado en una papelería, para marcharse, y le pregunté —¿adónde vas?

—a hacer la maleta...— contestó sin mirarme. luego la vi alejarse bordeando el parterre, se alejaba... y la llamé —¡sylvia! ¡sylvia, espera!— se detuvo junto a la fuente del teatro colón ¿no sabes? la que está allí, y se giró. ahora también le temblaba el mentón, temblaba de pies a cabeza, y... bueno, no quiero justificarme para salir airoso, porque para mí no hay justificación posible. ni voy a hacer como los demás, como esos que disponen su pasado hasta convertirse en historiadores de sí mismos, en farsantes. y yo no, yo... me acerqué a sylvia sabiendo que ella creía que la iba a abrazar, igual que había hecho tantas otras veces, y a decirle cuánto la necesitaba y que no podía vivir sin su amor y la reconciliación y todo eso. y sylvia dejó caer los brazos, y las lágrimas, se abandonó a mí, a mi abrazo, pero yo me

acerqué como el más brutal de los depredadores, el más insensible, y le dije —espera, que te acompaño

sylvia descolgaba sus vestidos del armario, ordenaba su ropa interior sobre la cama, a mi lado. yo tenía un libro de jules laforgue en la mano, la poesía completa, me lo había prestado hugo, o regalado, porque se había pasado a la novela, y tomaba notas de todo lo que se decía, que a veces estabas hablando y lo veías sacar el cuaderno y —¿cómo era eso, lo que dijiste de...?— y al principio te halagaba, pero después era de lo más molesto ¿no? que a lo mejor se estaba burlando de ti, ridiculizándote. y claro, yo me defendía —no entiendo tu interés por esa mierda de las novelas, por esa vulgaridad...

—eso es un prejuicio, y no estoy de acuerdo... hay escritores que trabajan sus novelas como si fuesen poemas, con la misma intensidad, y la misma sutileza...

—a mí eso de trabajar, ya no me gusta...

—bueno, pues llámale como quieras... componer, o construir o como quieras...

—¿y quiénes son esos escritores?

—pues hay muchos... no sé, flaubert, joyce... yo qué sé, muchos...

—entonces no escriben novelas, escriben... poelas, son poelistas...

—muy bien, poelistas... yo también soy un poelista... y además acuérdate de baudelaire... siempre hay que ser poeta, hasta en prosa...— en fin, una conversación desganada, y... lo más importante, que sylvia estaba haciendo la maleta y yo tenía ese libro de laforgue en las manos, y pasaba las hojas. y es que no podía concentrarme, no podía leer dos palabras seguidas. porque pensaba que con mi actitud le estaba facilitando las cosas, la estaba empujando hacia él. pero ya me daba igual, de verdad, quería acabar de una vez. acabar de luchar, de discutir, de sufrir... de sufrir este daño que se nos iba haciendo soportable, habitual. de acostumbrarme a una vida que no me pertenecía, y en la que no decidía nada, de vivir extenuado y... bueno, que estaba hojeando el libro de jules laforgue, su poesía completa, y me encontré un poema que comenzaba así:

no, no te amo, no amo a nadie
sólo amo el arte, el hastío, el dolor

y continué leyendo el poema, aunque me perdía en las palabras, no entendía su significado. y volvía una y otra vez al primer verso, lo leía, lo releía, lo hacía mío. y miraba a sylvia, tan serena, tan llena de razón, tan colmada —te vas con él ¿no?

—¿qué?

—¿que si te vas con él?

—sí...

—qué bien ¿verdad? qué bien te sale todo...

—eres tú el que quiere divorciarse...

—porque no puedo vivir con su sylvia y con mi sylvia y con todas las sylvias de las que me has hablado...

—sólo hay una sylvia, la que ves... no hay más...

—sí, la que se cambió la i latina por una griega para complacer a su segundo padre, la que ahora se va a vivir con él...

—no me voy a vivir con él, no es lo que te imaginas...

—por supuesto que no, soy tan retorcido, tan malpensado...

—pues claro que no. está muy mal... muy enfermo...

—ya...

—tiene cáncer, joder... se va a morir. así que para con tu ironía de mierda

el encuentro

hacía mucho que estaba enamorado de sylvia, de aquella —delicada fragilidad— una fragilidad aparente, como después pude comprobar, porque, en realidad, yo era bastante más frágil que sylvia, y más vulnerable, y... estaba enamorado de ella, aunque nunca me había atrevido a hablarle, porque era mayor que yo y porque era la subdirectora de —minotauro— y porque escribía poesía erótica y porque era alegre y siempre estaba riéndose, y... en definitiva, porque pensaba que la alegría de una mujer no nos necesita, nos excluye o algo así, al menos yo me sentía excluido. en cambio, elsa se envolvía en tristeza, decía hugo que quería embaucarme con —sonrisitas lánguidas— y que resultaba un poco desagradable —no sé, tiene algo... desagradable ¿no? las facciones, la boca... no sé...— y es que no era muy agraciada. de hecho, hugo, y también rené, le llamaban —la fea— y a su amiga erika, que era enorme y creo que ejercía la prostitución o... bueno, algo ejercía, y... a erika le llamaban —la gorda— y las dos eran inseparables. a veces estaban con nosotros, porque escribían poesía, elsa a lo dickinson, y hasta se parecía físicamente, o buscaba parecerse con esas trencitas anudadas y esos moños raros. en cuanto a erika, escribía unos poemas absolutamente vacíos de... antipoéticos. por ejemplo, este que nos hacía reír a todos cuando lo recitaba, porque se ponía muy seria, muy solemne. se titulaba —esperando el bus— y decía:

la una y media
y llueve, llueve, llueve
hay un idiota sentado a mi lado
echándome el humo de su cigarro
me calibra las piernas
me calibra las manos
y estoy por darle una hostia

en fin, poemas de este estilo... aquella noche estábamos en una taberna, bebiendo vino y haciendo tiempo antes de ir al búho, y... entonces la vi entrar, riéndose ¿no? con el maquetaador de la revista y con otro, no me acuerdo. sólo recuerdo la impresión que me causó, y que para mí era algo ineludible, inevitable. llevaba un vestido de seda verde, y era... la mujer ¿sabes? cuando te imaginas a una mujer minuciosamente, con todos sus encantadores atributos, y flotando en esa atmósfera única, pues así era sylvia, y... entraron y ocuparon una mesa cercana a los lavabos, esto es importante. y al principio yo me resistía a mirarla, porque me daba vergüenza que me sorprendiese, y como siempre he sido un tanto transparente, o es lo que me decía mi madre, que me notaba la ansiedad sólo con oírme andar por la casa, y era

capaz de adivinar hasta la más ligera de mis crisis, y... por eso prefería no mirar a sylvia, para que no me viese el sentimiento. bueno, y erika estaba hablando de una —sesión— que habían tenido con un farmacéutico, un señor mayor que era dueño de una farmacia, o de varias, y las proveía de pastillas para adelgazar, unas que contenían anfetamina. y contaban que le habían pegado entre las dos, elsa también, y las cosas que les decía —el muy borrego...— cómo gritaba y suplicaba que no fuesen malas, que no volvería a hacerlo. elsa sonreía y bajaba la cabeza, y a mí se me hacía difícil creer que participase en esas —sesiones— y luego escribiese una poesía tan evanescente, de verdad, y se mostrase tan cohibida conmigo, en mi presencia, y... yo sentía que estaba desperdiciando mi vida, que estábamos condenados a despotricar por las tabernas, noche tras noche, como poetas rutinarios. y miraba a sylvia, su sonrisa limpia, y... no sé, a lo mejor ya estaba medio borracho, no sé... pero cogí una hoja de mi cuaderno y escribí:

sylvia, una pregunta:

1. ¿cuántos labios caben en un beso?

la doblé, me fui a los lavabos, y cuando pasé por su mesa, se la di, y... me quedé allí, en los lavabos, mirándome al espejo, y pensando que ahora tendría que pasar otra vez por delante de ella, después de haberle escrito semejante estupidez. en fin, me lavé la cara, respiré hondo y salí, y... sylvia me sonrió —gracias...— y a mí se me escapó una de esas sonrisas que denotan falta de entereza, y que tarde o temprano acaban depreciándote, y no exagero ¿eh?... y... volví a mi mesa y tenía cinco pastillas en una servilleta de papel —tu dosis...— me dijo hugo. y yo —muy amable...— y me las tragué... en media hora estaría en otra parte, pensando otras cosas, despreocupado. erika se levantó con las manos en la cintura —¿qué tal le sienta la medicación a este cuerpazo?— se rieron un poco, había que reírse un poco... sylvia también se levantaba, se iba, y ya estaba en la puerta cuando le dijo a sus acompañantes que la esperasen un momento. entró, me buscó con la mirada, aunque sabía perfectamente dónde estaba, sonrió al descubrirme, y me hizo un gesto con la mano para que me acercase, y —hola...— y yo sonreí otra vez como un idiota, como el idiota de antes. y ella —me gusta mucho, pero mi nombre se escribe con i griega, así ¿ves?— y me enseñó un papelito en el que había escrito su nombre y su dirección —ah...

—tú eres poeta ¿no?

—sí...

—pues trae algunos poemas mañana por la tarde, o pasado, y los leemos ¿quieres?— y claro que quería, lo quería todo con sylvia, la ineludible, la inevitable. y hasta lo escribí y lo taché posteriormente en mi cuaderno:

corremos tras los sueños
qué otra cosa podemos hacer

el amor recitado

sylvia era la mujer más bonita de toda la ciudad, la más distinguida, y no lo digo porque sea sylvia ¿eh? lo digo porque es verdad. y cuando me abrió la puerta... bueno, vivía en una de esas casas antiguas de la calle real, una que tiene balcón, el número me lo guardo, me lo callo, porque no quiero que andes curioseando por allí... no, es broma, ya sé que tú no eres así. en fin, que encontré la casa, subí y estuve casi cinco minutos llamando al timbre, que no me abría la puerta, y pensando que se había olvidado de mí, o que se había burlado. y me imaginaba a los tres riéndose de mi candidez, por emplear un eufemismo, y a mí descargando mi furia como con las papeleras, o el día del concejal, y... abrió la puerta y me sonrió estirando los brazos, desperezándose —me he quedado dormida...— llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tiras, y... me enamoré. sí, antes te dije que estaba enamorado, porque me gustaba y eso, pero es que cuando me abrió la puerta y se desperezó con aquella sonrisa, me enamoré profundamente, me enamoré como no debe enamorarse nadie, entregándome a ese amor, exponiéndome, que es lo peor que puedes hacer, confiarte a otra persona. porque al final acabarás como yo, indefenso, escribiéndole algún poema enrabiado:

eres un cuchillo abierto
insensible
sin consideración
sin miramientos

uno de esos poemas que no sirven para nada, que no importan a nadie, porque te has quedado solo ¿entiendes? solo con tu desesperación y tus remordimientos y tus reproches que nadie oirá. solo con sus toallitas de camomila y su cepillo de dientes y su protector labial. y solo, rematadamente solo con su lencería y el aceite de rosa mosqueta ¿entiendes a qué estricta soledad me refiero?... pero ahora no, ahora estoy sentado en el sofá, recitando versos y más versos. me tiembla la voz, y los folios parecen aletear en mis manos sin que pueda evitarlo. es la anfetamina, y que no he dormido bien, y que para mí es como una prueba, un examen. y sylvia me mira muy seria, se bebe mis palabras, mis sentimientos recién desnudados:

a veces preferiría abandonarme aquí
no ser más yo
y alejarme en silencio
volar como esos pájaros que cada atardecer
atraviesan el aire y sin sentirlo
olvidan su dolor en cualquier nube

este es el poema que publicaron en —minotauro—, el que leyó aquel fiscal, que... cuando te lee gente así, es como si te ensuciaran por dentro ¿sabes? es una sensación asquerosa... y... también es el preferido de sylvia, decía que se había enamorado de mí por este poema —me lo leíste, y al momento lo supe, me di cuenta de que no había vuelta atrás... fue precioso, de verdad...— en realidad, yo creo que se enamoró de mi desprotección, de mi inocencia. y porque le recordaba a su propia desprotección y a su propia inocencia, se reconocía, era como verse en un espejo. por eso abusó de mis sentimientos una y otra vez, se ensañó conmigo. es lo que había aprendido, a sufrir calladamente. luego aprendió a depositar ese sufrimiento en mí y a distanciarse para observarlo, para sentir la fascinación que otorga ese poder, la contemplación del daño que causamos. y yo sabía muy bien que era una lección, y que al otro lado de ese ensañamiento, me esperaba alguna especie de catarsis ¿no? es lo que tenía metido en la cabeza. que estaba expiando algo y que era una lección, pero no sabía de qué

después fue el turno de sylvia, y me leyó algunos poemas que hablaban de sábanas y cuerpos abandonándose y ese letargo postcoital y hasta de escrotos y areolas. y yo me revolví incómodo en el sofá y no lo soportaba, porque me imaginaba a daniel de maría, y puede que a otros. me los imaginaba... bueno, ya sabes, y le dije —oye ¿no tienes algo de beber? es que esta noche tomé anfetamina y me está bajando, y necesito estabilizarme...

—sí, tengo algo de vino... un par de botellas ¿quieres que abramos una?— y abrimos una botella de vino blanco y nos servimos unas copas. sylvia me aseguró que aquel vino blanco era eléctrico, y que lo había dicho joyce o proust —uno de esos... ¿leíste el ulises?

—no, todavía no...

—yo tampoco, lo empecé, el primer capítulo, y no pude... ¿y a proust?

—leí lo del amor de swan...

—¿y qué tal?

—bien...

—a proust sí que me apetece leerlo...— también me preguntó cuáles eran mis poetas favoritos, y estuvimos hablando de poesía. yo le expliqué que... consideraba que aún no había alcanzado mi tono poético, que definí como —una tarde de verano

— pero que aún no lo había alcanzado porque mi vida se había roto por todas partes. y le conté el suicidio de mi padre, y mis ataques de angustia y todos esos muertos que me paseaban periódicamente por dentro, y esa crudeza, esa... y entonces me besó. fue un beso tan dulce, tan diferente, que el tiempo se detuvo, en serio, se quedó ahí quieto, intranscurrido, hasta que sylvia me habló —me gustan tus labios...— y volvió a besarme y —¿nos damos una ducha juntos?— y yo le dije que sí, y era como un sueño ¿sabes? como cuando estás inmerso en unos de esos sueños de plenitud y de vida ofrecida y de sí sí sí... al final nos dimos un baño, con velas, incienso y de fondo musical, los cuartetos de cuerda de ravel y debussy, que a sylvia le gustaba mucho la música francesa, y... nos bebimos la botella de vino, dejamos las copas en el borde de la bañera, nos estamos secando, yo a ella y ella a mí, besándonos y haciéndonos cosquillas, y de repente un escalofrío. fíjate en qué momento ¿no? qué inoportuno. y sylvia —¿tienes frío?

—un poco, es de no dormir...— y ya me pongo a temblar, a tiritar, que me castañeteaban los dientes. y ella —ay, pobre...— me abrazó y me llevó a la cama, que yo temblaba tanto que no podía ni andar, y... me metió en la cama, me puso un montón de ropa encima, y mantas, y después me trajo un vaso de leche caliente y una pastilla, un antipirético —tómame esto, ya verás... enseguida entras en calor...— y me acariciaba, me cuidaba como una madre, que yo aún no sabía nada de su bebé ni nada de eso, ni que era el elegido para maternizarla en todos los sentidos, que había adoptado esa decisión arbitraria y provisional y completamente inconsciente, como tantas otras, y... era la primera vez que una mujer me cuidaba así, me refiero a una mujer que no fuese mi madre. porque yo, por ejemplo, me había acostado con una compañera del instituto, una que se llamaba laura, incluso le escribí varios poemas, un acróstico y... y también me acosté con elsa y con erika, con las dos a la vez, algunas noches que les apetecía y acabábamos en su casa. y ninguna de ellas había mostrado jamás esa delicadeza conmigo, esa ternura. y erika menos, que siempre andaba pegándome medio en broma ¿no sabes? pero fuerte. y es que estaba absolutamente convencida de que me gustaba, de que a todos los hombres nos gustaba, no había quien le quitase esa idea de la cabeza. recuerdo una de esas noches de anfetamina adelgazante, que estábamos en su casa hablando de cézanne, porque había pegado en la pared de su habitación una lámina de las bañistas. bueno, la mitad, y yo le pregunté dónde estaba la otra mitad, y me respondió —la otra parte la tiene elsa en su casa...

—ah...

—es una promesa, un trato que hemos hecho...

—¿qué trato?

—uno que a ti no te importa...— y entonces para cambiar de conversación, y yo creo que premeditadamente, que antes lo habían hablado entre ellas, lo habían planeado, me interrogó acerca de mis fantasías y mis deseos ocultos y todo eso. y que si me concediesen tres deseos, o uno, qué pediría. y yo —pues... no sé...

—no, venga...

—no sé, pediría... desear... desear un deseo, cualquier deseo...

—no entiendo...

—sí, que me concediesen el deseo de desear...

—¿por qué, no deseas nada? ¿no me deseas a mí, que te dé unas buenas hostias? — y ya empezó a pegarme ¿no? bofetadas. y yo —¡para, erika, no seas bruta!— y ni caso, se abalanzó sobre mí, se me echó encima, que pesaba muchísimo, y me sujetó por las muñecas —¡dale, elsa!— y viene elsa a jugar conmigo y a pegarme y pellizcarme, muy congestionada por la excitación, por la idea de ese dominio. y es que he podido comprobar que a las mujeres, a las pocas que he conocido íntimamente, y que ascienden a cuatro, y exceptúo a mi madre por respeto, que... las mujeres se ven incapaces de sustraerse a la posibilidad de ejercitar ese dominio, de ahondar en ese atroz dominio hasta la injusticia, la crueldad y la desconsideración. tal vez sea por un mal sentimiento de desquite, de resarcimiento natural, de estúpida compensación, no lo sé... me esfuerzo por comprenderlo, de verdad que me esfuerzo, por comprenderlo y justificarlo y que es humano. sin embargo, y es mi opinión, el hecho de que sea humano, no lo hace menos detestable, y... en fin, que me estaban pegando entre las dos, y... reconozco que hubo un instante en que me dejé ir, me abandoné dócilmente, y durante ese breve instante les ofrecí mi cuerpo para que lo utilizaran, con la malsana curiosidad de saber adónde podían llegar, a qué estado de... depravación. aunque ya lo sabía, porque una noche que erika estaba con la euforia anfetamínica, le oí decir —ah, yo si tengo ganas, aprovecho y le meo encima...— así que sabía aproximadamente en qué iba a terminar todo, y... eso, que fue un instante de debilidad o como quieras denominarlo, pero ya te digo que erika pesaba muchísimo, y era muy molesto y agobiante tenerla ahí encima y que aprovechase. y me revolví, logré liberar una mano y le di un puñetazo en el pecho. y ella, quejándose —¡joder, me has hecho daño!— y me soltó. y yo estaba tan indignado ¿sabes? por esa impotencia, que me levanté, agarré a elsa por el cuello y le grité —¡Y TÚ QUÉ!— y le arranqué la camisa, y el pantalón, y... bueno, ya no te cuento más, que este asunto es bastante desagradable, y escabroso. lo que te decía, que... sylvia me abrazó para que entrase en calor, y me frotaba el pecho, me cuidaba con esa ternura maternal que he mencionado, y... anteriormente, desde mi niñez, desde los cinco o seis años yo había sufrido fiebres así de repentinas. y mi padre, y esto debes saberlo para entender mi resentimiento, y que no lo tragaba, mi padre siempre se burlaba de mí y de mis temblores, y le decía a mi madre con un sarcasmo —improcedente— por emplear uno de sus términos habituales, le decía —a tu hijo, cualquier día le conceden un premio de interpretación...— y daba igual que le enseñaras el termómetro ¿eh? le daba exactamente igual lo que indicase el termómetro. en fin, descansa en paz... lo que quiero decirte es que yo había sufrido muchos de estos delirios en compañía de mi madre, pero nunca con otra mujer. y cuando sylvia me abrazó y me habló, cuando oí su voz, aquel delirio brotó de nuevo,

floreció distinto, se abrió camino dentro de mí hasta alcanzar un grado de sublimación de treinta y nueve con siete, es lo que marcaba el termómetro. porque me ardían las mejillas, y sylvia —¿estás mejor?

—sí, creo que ya me está pasando...

—por lo menos no tiembles ¿verdad?

—no, empiezo a tener calor...

—eso es bueno...

—sí... sylvia... una cosa...

—¿qué?

—que eres la mujer más bonita que existe, y...

—y tú, un cielo...

—no, escucha... escucha, yo... quiero casarme contigo...

—oh... pobrecito, voy a buscar el termómetro ¿vale?

—no, de verdad, quiero casarme contigo...

—que sí, que te creo, pero voy a buscar el termómetro ¿eh?

bien, pues cuando me bajó la fiebre, ya era medianoche o así, empecé a acariciar a sylvia, y la desnudé, la senté al borde de la cama. y ella me sonreía y me preguntaba —¿qué haces? ¿tú qué quieres?— y yo me puse de rodillas y le dije que quería besar su vientre, y te juro que era completamente ajeno a sus decisiones. y no era por la fiebre, no lo desvirtúes, porque no es cierto, que fue algo instintivo, como acatar alguna ley no escrita y que ignoramos, o cumplir con la integridad aristotélica, con esa fugaz perfección que nos libra de anhelos, o... lo que fuera. lo único que de verdad importa, es que sylvia se acodó en la cama y me miraba sonriente. y perdona que insista, pero nunca antes me habían sonreído de esa manera, tan satisfecha, tan confiada. y yo la besaba y la saboreaba ¿sabes? con la lengua, y le decía —qué delicia...— y que era deliciosa. y entonces me señaló la ingle —mira ¿has visto qué manchita?... es de nacimiento...— y también se la besé. no podría expresar lo que sentí en ese momento, la alegría ¿no? que sentí. la inmensa dicha de comprender al fin que no había venido al mundo para aguantar a mi padre y que me destrozase la vida, y encima entronizarlo tras el suicidio como nuestro amado benefactor, ni para estudiar bobadas y más bobadas en el instituto, mientras esperaba mi siguiente ataque de angustia. no, había venido precisamente para esa alegría, para estar allí arrodillado, ante esa mujer que me sonreía y me miraba y me limpiaba por dentro, me calmaba. y me proporcionaba aquello que buscaba strindberg, una nueva vida, una nueva educación. en definitiva, que estaba entusiasmado con sylvia, con ese amor que me había transfigurado, literalmente. y quería casarme con ella, la quería para mí, era cuanto deseaba

enlazados

aquella noche me sentí desbordado por mis sentimientos, igual que cuando rené me inyectó —preludio— por primera vez, y me invadió esa oleada repentina, y quería sobrenadarla, encontrar cualquier pensamiento firme y no podía, y... sylvia me miraba, me acariciaba la mejilla y me preguntaba —¿me quieres?— y yo le respondía que sí, y era verdad, que hacer el amor con ella no había cambiado nada. al contrario, mis sentimientos se habían hecho físicos, tangibles. y sylvia me sonreía, me acariciaba y volvía a preguntarme —¿me quieres?— y también me preguntó —¿qué te ocurre, eh? ¿qué piensas?

—no lo sé, sylvia...

—te has quedado mudo...

—es que... no sé, es todo tan raro...— y nos abrazábamos y nos besábamos, y salíamos por ahí, por la calle, abrazados y besados y flotando en esa dulce atmósfera que nos revestía, nos protegía del mundo. a veces nos tropezábamos con algún conocido, con hugo que me sonrió burlón, o con rené que se hizo el distraído y pasó de largo... y con amigos de ella. y al principio sylvia me soltaba la mano, o dejaba caer el brazo de mi cintura, pero después no, no se apartaba de mí, y... estuvimos así casi dos semanas, y... un atardecer, sentados en unas rocas del orzán, ella apoyó su cabeza en mi hombro y se quedó mirando a lo lejos, perdida más allá del mar, o del sol desvaneciéndose en la neblina. porque miraba sin ver, ensimismada, estrábica ¿no sabes? y había tal belleza en sus ojos, de verdad ¿eh? tal belleza que le pregunté más en serio y definitivamente si quería casarse conmigo, le dije —sylvia, yo... estoy muy enamorado de ti...

—y yo, mi amor...

—nunca había sentido esto por nadie... eres lo más hermoso que me ha sucedido en la vida, y... deseo estar siempre contigo... siempre, siempre, y que seas mi mujer, mi esposa ¿entiendes?... casarme contigo, y amarnos, y escribir... sólo eso, amarnos y escribir... ¿quieres?... ¿sí?... ¿quieres casarte conmigo?— y entonces me dijo que era una decisión muy importante, y que no se podía tomar a la ligera, que necesitaba reflexionar, meditarlo bien. y yo —¿por qué, no me quieres?

—claro que te quiero, y lo sabes... te quiero muchísimo... pero debo pensar en ti, en si puedo hacerte feliz, en... eres tan joven...

—soy mayor de edad, y sé lo que quiero...

—ya, ya lo sé, pero... créeme, lo hago por ti... necesito pensarlo bien... y si decido que sí, que nos casamos, pues... nos casamos y ya está ¿vale?— y a mí no me valía, y me entristecía contemplar aquel sol que se hundía en el mar, y se llevaba mis ilusiones, mis proyectos. y sylvia —mi amor, no estés triste... anda...

—es que no me quieres, sylvia, es evidente...

- no digas eso, sabes que no es cierto...
- no me quieres como yo, no sientes lo mismo...
- no, no siento lo mismo... a lo mejor siento más

esta conversación nos entristeció a los dos, que el sentimiento es un trazado sin pausa, y a veces es preferible vivir en la superficie, no ahondar. y aunque sylvia y yo nos esforzábamos en seguir como antes, nos sentíamos maniatados ¿sabes? por esa conversación. y hacíamos el amor y era igual de intenso, pero callado. no sé cómo explicarlo... había rabia, desesperación. y al momento sylvia se refugiaba en sus tareas poéticas, se ausentaba, cogía su cuaderno para fingir, y no escribía, que no escribió ni un solo poema durante ese tiempo, lo único que hacía era dibujar, dibujitos geométricos en los que remarcaba una y otra vez las mismas líneas. y yo la veía así y no me atrevía a preguntar qué le pasaba, porque me imaginaba su respuesta y no me atrevía, me faltaba coraje, en serio, que el miedo al desamor nos intimida. hasta que una tarde nos desnudamos, nos metimos en la cama, y yo la acaricié, la estuve acariciando ¿no? como siempre. y ella nada, que no me miraba ni nada, que tenía la mirada fija en la puerta corredera del armario. y fue la primera vez que noté esa —contracción espiritual— luego te hablo de esto, de la —contracción espiritual— y... le dije —sylvia...

—¿qué?

—te quiero...

—y yo a ti...

—entonces ¿qué te pasa?... ¿eh?

—no lo sé... estoy rara, porque... no sé, debería dártelo todo, y estoy... paralizada. ni siquiera puedo pensar con claridad... y no quiero hacerte daño, de verdad que no...

—pues no me lo hagas...

—es lo que intento... pero estoy mal...

—yo te quiero muchísimo, sylvia...

—ya, ya lo sé... por eso... creo que voy a irme unos días...

—no, sylvia, por favor... no te separes de mí ahora...

—no me separo de ti, no es eso... es que lo necesito, de verdad que lo necesito...

—¿y adónde vas a ir?

—eso es igual, a cualquier sitio... necesito estar sola... unos días, y pensar con calma ¿entiendes? en lo nuestro, y en... todo

y yo, que era el más amable y profundo de los idiotas, y todavía lo soy, que esto no lo cura el tiempo, yo... le dije que sí, que lo entendía perfectamente, y que sería como un retiro espiritual y no sé cuántas tonterías más. y un par de días después, nos despedimos en casa, y yo la abrazaba y la besaba y mi amor y te quiero y no puedo vivir sin ti y todo eso. y luego la acompañé al obelisco, a coger un taxi, y más besos y

caricias y bromas, y ella riéndose y que no me quería decir adónde iba, porque si no, no sería un retiro espiritual —sería...— y se marcha en el taxi, y yo me voy corriendo a hablar con mi madre, tan sonriente, tan tierno, tan inocente —mamá, que... no es seguro ¿eh?... que a lo mejor me caso...

—¿cómo que te casas? ¿con quién?— y le hablé de sylvia y que era poetisa y subdirectora de la revista —minotauro—, la que me había publicado el poema, y que estaba muy enamorado. y claro, mi madre solicitó sus informes, o se informó ella misma, y se enteró de su edad y de lo que escribía, y fue cuando me dijo que no le gustaba sylvia, que no tenía nada en contra de ella, pero que no le gustaba, que no era para mí, o sea, lo peor que le puedes decir a un poeta enamorado. y yo me enfadé muchísimo y la atacé con lo de aquel fiscal, todos los días metido en casa y aguantándolo, que ya te lo conté, y... bueno, al final la aceptó. supongo que, aun pareciéndole el mayor de los disparates, debió de pensar que si servía para algo, para asentarme o algo, pues

y ahí comenzó mi primer calvario, porque sylvia me dejó las llaves de su casa y una notita, para que regase las plantas del balcón, que las había numerado, planta número uno, planta número dos... que para mí era ridículo, y se lo dije —total por unos días...— y ella insistió y que sí —por si acaso...

—pero vas a venir pronto ¿no?

—sí, claro... no sé, cuatro o cinco días, o... yo te llamo a tu casa ¿vale? y te aviso...— y al principio iba por las mañanas muy alegre, y regaba las plantas de mi futura esposa, siguiendo sus indicaciones. y luego me tumbaba en la cama, en nuestra cama, a leer sus libros de poesía, y a escribirle algunas ternuras graciosas para regalárselas a su regreso. y a veces... bueno, me da un poco de vergüenza confesarlo, pero a veces la echaba tanto de menos que me masturbaba con su ropa interior... después se acabó la alegría y todo se me vino abajo, porque pasaban los días, cinco, seis, siete, ocho y no llamaba. y yo paseaba obcecado por la calle real, del obelisco a riego de agua, y vuelta, y subía a su casa, abría la puerta, repasaba las habitaciones y otra vez abajo, y al obelisco y por la marina, y riego de agua, y preocupado por si le había ocurrido algo, alguna desgracia, un accidente muy grave, y estaba en un hospital, con máscara de oxígeno y vías y tubos y olvidada de mí, inconsciente. y por supuesto que ya sospechaba y no quería sospechar y sospechaba y no quería. y subía de nuevo a su casa, a última hora de la tarde, y hurgaba en los cajones, y... encontré unas fotografías horribles, que me desgarraron por dentro —me retorcieron— como diría mi madre. y lo que es mucho peor, me ensuciaron, mancharon mi sentimiento y mi vida, que se me grabaron indeleblemente y contribuyeron a esa —contracción espiritual— y... eso, que subía a su casa y me sentaba allí, en la penumbra, y me echaba a llorar, diciendo —sylvia, sylvia, sylvia...— y también —te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...— y también —vuelve, mi amor, vuelve... por favor, sylvia...— y me quedaba mirando muy compadecido a través de las lágrimas. miraba

la alfombra, la pata de la mesa, un jarrón, uno verde que tenía flores secas... y ya encendían las luces de la calle, que se hacía de noche. y yo bajaba a telefonar a mi madre —mamá, ¿me llamaron?

—no ¿vienes a cenar?

—no... ceno por aquí...

—ven, anda, que te hago una cena rica...

—no, mamá, de verdad... no me apetece...

—es que estás muy delgado, y por ahí vas a cenar cualquier porquería...— y me iba a cenar con mi madre ¿no? por no discutir, y por si me llamaba sylvia. y después de cenar, otra ronda. y me acercaba al búho, a oír el murmullo de las conversaciones, sin prestar atención, que no podía pensar más que en ella. y a los cinco minutos de ese insoportable runrún, me despedía y a su casa, hasta las dos o las tres de la madrugada, hasta la hora de dormir. que no dormía ¿eh? sólo daba vueltas a un lado y a otro. en fin, abrevio un poco, que si no... y un día bajo a comer, que me estaba esperando mi madre, y me dice —te acaban de llamar...

—¿quién?

—no sé... creo que es ella...

—¿y por qué no me avisaste?

—porque estabas en la ducha...

—¡pero, mamá, qué!

—tranquilo, dijo que te llamaba ahora...— nos sentamos a comer, y yo temblaba tanto que se me caían los guisantes y rodaban por el plato, y al suelo, que era algo que desesperaba a mi madre, que se me cayera la comida y lo manchara todo. sin embargo, fue muy comprensiva, y paciente, y muy discreta, que no hizo ningún comentario sobre el temblor de mis manos, ni siquiera alzó la vista del plato. porque yo estaba aterrorizado con sylvia, te lo juro, esa es la palabra —aterrorizado— por si me decía que no iba a volver, que lo había estado pensando y había decidido permanecer en ese —retiro espiritual— por tiempo indefinido. y entonces yo sufriría un ataque de angustia tan desmesurado que incluso mis muertos se precipitarían al exterior y me abandonarían, y... suena el teléfono y nos quedamos mi madre y yo así, mirándonos. y mi madre —¿quieres que conteste yo?

—no...— y me levanto, cojo el teléfono y salgo al jardín —¿sí?

—hola, soy yo... ¿me conoces?— y ya me calmé un poco, porque estaba de buenas —hola, sylvia...

—qué ¿qué tal estás?

—bien...

—estupendo... nada, que mañana llego a las nueve al aeropuerto, a las nueve de la noche ¿eh?

—ah... ¿en qué avión?

—el de madrid...

—ah, ¿estás en madrid?

—sí, ya te lo dije ¿no?

—no, no me dijiste nada...

—sí que te lo dije, pero no te acuerdas

la deuda

¿sabes qué creo?... creo que cuando eres tan feliz, cuando alcanzas ese grado de felicidad tan desbordante, contraes una deuda con la vida... te estoy hablando en serio ¿eh? y... esa deuda acabarás pagándola tarde o temprano, como la pagué yo. porque para mí no existía nada en el mundo aparte de sylvia, absolutamente nada. fíjate que al día siguiente, llego al aeropuerto, se abren la puertas ¿no? y aparece sylvia arrastrando la maleta, y buscándome con la mirada. y de repente, todo lo demás desaparece, se oscurece y desaparece. y yo la abracé y nos fuimos abrazados a un lateral del aeropuerto a besarnos y decirnos cosas. bueno, yo le decía cosas y ella me respondía —y yo a ti...— que no le gustaba llevar la iniciativa. y se reía, recuerdo que se reía mucho, exageradamente, y yo pensaba que era de alegría, de reencontrarse conmigo, que los deseos nos ciegan y nos conducen a extrañas conclusiones. pero estábamos juntos otra vez, y podía abrazarla y besarla y amarla en aquella intimidad, y no veía más, ni me importaba. y así la empujé al matrimonio, y ella simplemente cedió, se dejó ir, que nuestra boda no significó demasiado, le daba igual —sólo es un papel...— y sin embargo, para mí era una culminación, la culminación, era... no sé, mostrarle a mi madre que su hijo se había convertido en un hombre, y que ese hombre sentía verdadero amor por sylvia, que no era un capricho, y que estaba orgulloso de que esa mujer tan hermosa y tan relevante en la vida cultural de mi ciudad, poetisa y subdirectora y... que enamoraba, que me lo dijeron en más de una ocasión —tu mujer enamora...— y que tenía —un inmenso talento— y que era —arrebataadora— pues... que esa mujer era mi esposa, y mi orgullo

y al principio me costaba entender que mi madre no participase de mi exaltación, de mi entusiasmo, y yo lo atribuía a los celos, que a lo mejor se sentía desplazada de mi amor o algo así. y cuando estaba con ella, con mi madre, procuraba abrazarla mucho y darle muchos besos, y decirle que ahora ya no tendría que preocuparse tanto de mí, y podría descansar y viajar —siempre has querido ir a las highlands ¿eh?— para perfeccionar su inglés y todo eso. y mi madre sonreía y me acariciaba, y al verme tan enamorado de sylvia, y tan expuesto, y tan inocente, presentía el peligro, y... ya te digo que sylvia estaba un poco sobrepasada, y venga a reírse por cualquier cosa, por cualquier tontería, y al momento se quedaba callada ¿no? con el ceño fruncido, y otra vez a reírse alocadamente. y yo no sabía cómo interpretarlo... bueno, sí, creía que estaba componiendo algún poema mentalmente, que es muy habitual entre poetas, sopesar un verso, alterar el orden de las palabras, descubrir su máxima resonancia, y... en realidad, lo creía porque me negaba a esa sospecha de la que te hablé, me encerraba en mis sentimientos, y en la belleza de esos sentimientos y en que nada ni nadie podría enturbiarlos. y una mañana... un par de semanas después de nuestra

boda, vamos de la mano por los cantones, hacia casa, y cerca del obelisco nos cruzamos con daniel de maría, con aquel grandísimo memo, que ni nos miró, pasó todo ufano con su fular al viento y una medio sonrisa, y... sylvia me soltó la mano... fue como recibir una brutal puñalada en el corazón, te lo juro... todavía peor, aún más violento

sylvia y yo seguimos caminando, uno al lado del otro, sin mirarnos, sin decir palabra, que nos ardían las mejillas, a mí por lo menos me quemaban. y entonces... lo que te conté, que llega un día a casa, yo estaba escribiendo un poema, atascado en un poema, que lo había comenzado hacía una hora o más:

qué poco comen los perros
qué desgastados
pobres

y ahí me había atascado, que era incapaz de continuarlo, y... llega sylvia y me dice que la han invitado a un recital de poesía en granada, creo, o en sevilla o córdoba, da igual. y yo —¿quién?

—¿qué?

—¿quién te ha invitado?

—dani... daniel de maría...— y yo me volví loco, de verdad, y ya empezamos a discutir, y cuando me dijo que el idiota ese le había enseñado a vivir la vida, que con él había aprendido a vivirla —¿entiendes?— y me dijo —¿entiendes?— se agotó mi poca entereza y le pegué, le hinché el labio. y ella me clavó las uñas y me destrozó la cara, y gritando con aquella rabia, no sé qué me gritaba, me insultaba. luego se sentó en el sofá —¡eres un bestia, me has roto el labio!

—perdón... perdón, sylvia, perdóname...— y fui a buscar hielo para su labio, que no estaba roto, sólo estaba hinchado. y sylvia —¡déjame, no te atrevas a tocarme!

—perdóname, sylvia... estoy tan avergonzado... yo no puedo pegarte, mi amor, no puedo pegarte... eres mi vida... pero ¿qué puedo hacer, eh?... ¿qué puedo hacer?... ayúdame...— y me eché a llorar. y sylvia me miró y vio que tenía toda la cara ensangrentada, que me caían las gotas, y me dijo —ven, vamos al baño...— y me llevó al baño, me limpió las heridas, mientras yo le aguantaba la bolsa de hielo y no paraba de llorar, no podía parar... casi no podía ni hablar, ni preguntarle —sylvia, ¿por qué no me quieres?... ¿eh?... ¿por qué?

—no es eso, no es que no te quiera... pero no todo es amor y amor... joder, hay más cosas ¿no?

no, no había más cosas. para mí no, porque vivir sin sueños, es vivir entre objetos, ser uno más. y así vivimos casi un mes, en ese reproche sordo, hasta que una tarde a las seis, llegó de la calle, de entregar unos poemas en la revista, me sentó en el sofá y me

dijo —tenemos que hablar...

—¿de qué?

—de que... aquí estoy mal, de verdad... estoy muy mal... me siento vacía, como... si me faltase algo... no sé, es como echar de menos algo...

—¿el qué?

—no lo sé... ni siquiera sé qué echo de menos... a la otra sylvia... a la de antes... a la sylvia que... a la de él...

—¿de quién?

—ya sabes de quién estoy hablando... es que tú llegaste... arrasando con todo... y me enamoré de ti, y creí que ya estaba, que era suficiente, y... me equivoqué... me precipité, porque yo... no... me cuesta decírtelo, pero yo no me desamoré de él ¿entiendes?... y me siento mal, me siento dividida, cortada por la mitad... como si tirasen de mí... y es una situación desesperante, y necesito... tengo que averiguar cuáles son mis sentimientos... reales... y necesito marcharme...

—¿con él?

—eso no importa... necesito marcharme y ya está...

—pero, sylvia ¿tú a quién quieres?

—no lo sé, a los dos... yo qué sé...

—pero ¿a quién quieres más?

—joder, es que no paras ¿eh? no piensas más que en ti y en retenerme aquí, aunque yo sea infeliz y esté hecha una mierda...

—eso no es cierto, sylvia, y tú lo sabes...

—¿es que no lo entiendes? ¿no entiendes que necesito marcharme y aclarar de una vez mi cabeza, mis... sentimientos?

—no, no lo entiendo, sylvia... no lo entiendo, porque yo te quiero y no puedo vivir sin ti... no puedo, mi amor...

—joder... lágrimas no, por favor... no lo hagas más difícil, anda... joder... escucha... ¿qué crees, que yo no te quiero a ti, eh?... te quiero muchísimo, y siempre te querré muchísimo, pase lo que pase... pero ahora... por una temporada, necesito salir de aquí y respirar ¿vale?... pero yo te quiero igual ¿eh? eso no cambia...— me hablaba con una naturalidad, que... yo también quería encontrar esa lógica simple y natural y que no dolía. y me senté en la cama a llorar y a ver cómo hacía la maleta — sylvia...

—¿qué?

—dime si te vas con él...

—ya te dije que eso no importa...

—dímelo, anda...

—sí... pero, de verdad que eso no es lo importante...

—a mí sí que me importa...

—ya, es normal que te importe...

—pues prométeme una cosa...

—¿qué?

—prométeme que no vas a hacer nada...

—¿cómo?

—que no vas a hacer nada con él, prométemelo...

—no puedo... eso pertenece a nuestra relación y no puedo prometerlo...— me levanté y fui al espejo del cuarto de baño, que a veces es reconfortante observarte en el dolor. después salí al balcón, a mirar las cabezas de los que pasaban. y pensé en el suicidio, en arrojarme a la calle real, y en que podría caer sobre alguien y matarlo, y la sangre, y los sesos desparramados por el suelo, y todo el asco... volví adentro y desde el pasillo, vi a sylvia sentada encima de la maleta, intentando cerrar la cremallera. entonces entré en la cocina, abrí el cajón de los cuchillos, cogí uno grande y me quedé así ¿no? pensando en mi padre, en cortarme las venas como él y acabar de sufrir. y también en matar a sylvia... y me la imaginé gritando horrorizada —¡no, no... por dios, no!— pero no dijo eso cuando me vio con el cuchillo en la mano, dijo —¿qué haces, eh?

—sylvia, yo estoy tan destrozado... tan desesperado que... si pudiera, te juro que te mataba ahora mismo...— y ya me puse a llorar otra vez. y ella —dame eso, anda...

—no, no te lo doy...

—anda, mi amor...

—no... te lo doy si me lo clavas...

—no digas tonterías...

—clávamelo, sylvia...

—estás loco...

—clávamelo, por favor... si no, no voy a poder con esto...

—que no, mi amor, dame eso...

—pues córtame, córtame bien...

—no, escucha... primero... es una temporada ¿eh?... y segundo... yo sé que tienes razón, y que en el fondo somos inevitables...— eso fue lo último que me dijo antes de irse. bueno... no, lo último me lo dijo en el ascensor, que yo la seguía llorando, completamente roto, y desolado. y suplicándole —sylvia, no te vayas... no te vayas, mi amor...— y como veía que era irremediable y se marchaba, le prometí que la esperaría toda mi vida, se lo prometí muy en serio —sylvia, yo te voy a esperar, te voy a esperar aquí siempre... en nuestra casa...— y ella entró en el ascensor con su maleta, pulsó el botón, y cuando ya se cerraban las puertas, me dijo —no me digas eso, por favor, no me digas que vas a esperarme

a veces tengo la sensación de que yo me continuo en lo que me rodea, que me proyecto ¿no te pasa? que... por ejemplo, una noche bajé a riazor, antes de que mi padre se suicidase... una noche de tormenta, y era como si mi malestar se extendiese en aquella bruma espesa, y en la agitación del mar, y en cada relámpago. estaba como

salido de mí, como si me hubiese desvanecido, o mejor, como si me hubiese derramado en el mundo. y cuando sylvia se marchó y entré en la habitación y vi el armario abierto y las perchas vacías, sentí que era mi propio vacío lo que estaba contemplando. y me tumbé en la cama, en nuestra cama, con esa sequedad de ánimo. sobre su mesilla había un libro de william blake, que sylvia había estado leyendo y anotando para un artículo de la revista, y me encontré con el siguiente subrayado:

quien piensa y no actúa
engendra podredumbre

apagué la luz y me estuve repitiendo esa frase que me dolía tanto, porque la relacionaba conmigo. evidentemente, sylvia se refería a mí, yo era esa podredumbre que había decidido abandonar, dejar atrás, y... me levanté porque me caían las lágrimas y estaba mojando todo. me levanté y me fui a la cocina a coger el cuchillo otra vez, y me lo estuve clavando en el fregadero, para no manchar, no sé por qué. me lo clavé aquí ¿ves? aún tengo la cicatriz... me lo clavé hasta que empezó a fluir la sangre, bastante sangre. y abrí el grifo, puse la herida bajo el chorro de agua tibia y... me dio mucha grima el contacto del agua, y además pensé en mi madre, y en el disgusto ¿no? y que sería como matarla en vida. entonces doblé un paño y lo apreté así fuerte, contra la herida. y bajé a la calle, y cuando ya estaba llegando al obelisco, a la parada de los taxis, se me ocurrió mirar hacia arriba, hacia la esfera del reloj, que... ya me dirás qué me importaba a mí saber la hora, qué interés tenía... y... nada, que de repente se me apagó la esfera del reloj, y desperté en el hospital

el médico que me atendió era poco mayor que yo, veinticinco o veintiséis, y lo peor es que me conocía, nos conocía a sylvia y a mí porque habíamos ido a su exposición, cuando la inauguró. era de estos médicos que pintan ¿no sabes? que son la mayoría, desconozco el motivo de esta afición, y... me estuvo preguntando qué me había pasado, y yo le dije que estaba jugando con un cuchillo y me había cortado sin querer. y él —ya... bueno... yo no quiero inmiscuirme en tus asuntos ¿eh? pero hay cosas que conviene hablarlas, echarlas fuera, porque si no... acaban envenenando nuestra vida ¿entiendes?— me miraba directamente a los ojos, me escudriñaba por dentro con esa franqueza deontológica, y no lo soportaba, de verdad que no. así que bajé la mirada, avergonzado, porque me di cuenta de que lo sabía. sabía que sylvia me había abandonado, seguro que ya lo sabía toda la ciudad, que me había abandonado y se había ido con daniel de maría, lo sabían todos, y me señalaban. sentí una rabia inmensa, y le respondí —sí, entiendo perfectamente... pero yo soy el veneno y nada puede envenenarme... me he cortado las venas para escribir un poema con mi sangre, y ya está, ya lo he escrito...

—no lo tomes a mal... lo hago por ayudarte, es mi deber como médico...

—ya...

—para eso estoy aquí, para ayudar en lo que pueda...
—y yo te lo agradezco...— y ahí se acabó la conversación

me dieron el alta, media caja de un ansiolítico —es muy suave... si te va bien, vienes por aquí y te receto más...— y... cuatro puntos de sutura. y me fui para casa, para nuestra casa, que ahora, sin sylvia, se había transformado en el más gélido de los panteones. y me enterré allí en vida, me propuse no volver a pisar la calle jamás, para no ser objeto de burlas y comentarios despectivos. y como el médico me había dicho que debía echar fuera toda esa rabia y toda esa impotencia, y yo era consciente de que tenía razón, decidí que escribiría poesía automática durante el encierro y que no pensaría absolutamente en nada, sólo en verbalizarme por completo, en purgar aquella profunda desolación, y... eso, que estuve escribiendo poesía automática hasta que apareció mi madre, que empezaron a llamar a la puerta insistentemente, y fui a mirar, por si era sylvia, y era mi madre. y le dije —un momento, mamá...— y no me salía la voz, que llevaba tres o cuatro días sin hablar, y carraspeé y otra vez más fuerte —¡mamá, un momento!— y me apresuré a cambiarme de camisa, a ponerme una de manga larga, para ocultar el vendaje, que lo vio igual, lo intuyó. al principio estuvo bromeando y quejándose de que yo era un —mal hijo— que no la iba a visitar nunca, esas cosas de las madres ¿no? pero después ya se dio cuenta de que pasaba algo, porque yo estaba muy callado. en realidad, estaba deseando contárselo todo, todo mi sufrimiento y mi intento de suicidio y todo. y es que mi madre era la única persona en el mundo que podía consolarme. y al final me preguntó —¿y sylvia?

—se fue...

—¿cómo que se fue?

—se marchó... me abandonó, mamá...

—pero...

—se fue con otro, mamá, me abandonó...— y ya se me saltaron las lágrimas. y mi madre me abrazó —mi amor... yo estoy aquí... estoy aquí contigo...— y al levantar los brazos para abrazarla, me vio el vendaje, y se puso muy pálida y a temblar —no... no puede ser, no...— temblaba de pies a cabeza —no, mi amor, no... ¿qué has hecho?... ¿qué has hecho, mi vida?— y estuvimos llorando los dos, abrazados, besándonos en los labios, con esa ternura, como cuando yo era pequeño

mi madre me sacó de allí, de aquella reclusión en la que me había estancado, me dijo que era contraproducente, que era —malsano— vivir rodeado de recuerdos. y yo al momento pensé en la vitrina del pasillo ¿no? y en que había vivido con esa vitrina toda mi vida, y que su presencia constante me había desquiciado, nos había desquiciado a los dos, pero no le dije nada, y... metí alguna ropa en una mochila que tenía y me fui con mi madre, a mi casa, a mi habitación —ahora lo que necesitas es dormir mucho y comer bien... y distraerte, hacer cosas...— y cenamos, una cena triste, aunque procurábamos sonreír, y después nos sentamos en un sillón, que a veces

nos sentábamos ahí para estar más juntos, y hablar bajito, en susurros, que le gustaba esa secreta intimidad, y a mí también. y nos abrazamos, y mi madre me hizo jurar que nunca más volvería a hacer algo así —¿me lo juras?

—sí, mamá, te lo juro...

—acuérdate ¿eh? que me lo has jurado...

—sí...— y me besaba el vendaje y el antebrazo y la mano —¿te duele?

—no...

—si te llega a pasar algo, me muero...

—perdóname...— y nos besamos, y mi madre estuvo llorando en silencio, y acariciándome. luego lloré yo, porque insistió en que tomase una pastilla para dormir, que necesitaba descansar. y yo le pregunté si eran las que tomaba ella ¿estas son las que tomas tú?

—sí...

—y es por mi culpa ¿verdad?

—¿qué?

—que las tomas por mi culpa...

—no, mi amor, no es culpa tuya... no pienses eso, porque no es cierto...

—perdóname, mamá, perdona todo el daño que te he hecho...— y lloré, pero sin ganas, que estaba agotado

voi, che sapete

el viernes por la mañana, fuimos al hospital para que me quitasen los puntos, y luego me llevó a comer a un horrible restaurante de letrados ¿no? de togas —tu padre solía venir a comer a este restaurante, y a cenar...

—pues a mí no me gusta este sitio...

—bueno, a él le quedaba cerca del juzgado...

—ya...

—olvídate del sitio, anda, y piensa que estamos sólo nosotros, celebrando que ya estás curado... porque tú ya estás curado ¿verdad?

—sí, ya estoy curado...

—y para celebrarlo...— y abrió el bolso y... entonces apareció aquel idiota, el fiscal, todo sonrisas y qué sorpresa y toda esa mierda. y yo miraba la botella de vino y su cabeza que se balanceaba obsequiosa, y otra vez la botella y otra vez la cabeza. y él —y aquí comiendo con tu hijo ¿eh? que ya me he enterado de que es un poeta reconocido...— y me miró con la más babeante y falsa de las sonrisas. y yo extendí el brazo y le mostré la cicatriz —sí, es que me acaban de quitar los puntos, porque me corté las venas ¿sabes? y lo estamos celebrando...

—ah... bueno, estupendo... me alegro mucho...— y se disculpó y que tenía un poco de prisa y... a mi madre no le gustó nada que hubiese —exhibido— la cicatriz, y me lo recriminó con dulzura —mi amor, no exhibas eso, por favor... no lo exhibas ¿vale?

—vale...

—ocultar las heridas, y la tristeza, es un signo de excelente educación...

—¿de quién es esa frase?

—es mía... que sí, que es mía, no me mires así...— y se echó a reír, y yo le pregunté de qué se reía, y me dijo que se reía del fiscal, de la cara que había puesto —¿has visto qué cara?— y yo también me reí, y hacía tanto que no me reía que me resultó de lo más extraño —mamá, me encanta estar contigo...

—y a mí, mi amor... ah, lo que te quería enseñar, que... para celebrarlo, esta noche nos vamos a la ópera, mira... dos entradas, una para ti y otra para mí...

—¿y qué ópera?

—una ópera del mejor ¡del único! ¡de mozart!... ¡las bodas de fígaro!— y por la tarde nos vestimos con cierta elegancia, nos fuimos de la mano a comprar un helado y estuvimos paseando por los jardines. la gente nos miraba y creía que éramos amantes, que yo era un gigoló o algo así, y a mi madre le hacía tanta gracia que no paraba de besarme delante de todos, y... en la ópera, no sé qué le pasaba, qué conmoción... que incluso me lamió. ocurrió durante el aria —*voi, che sapete che cosa è amor*— que me dijo —esta es una de mis arias favoritas...— y apoyó su cabeza en mi hombro, me

cogió la mano y me estuvo besando la cicatriz —besos de mosquita— les llamaba, porque eran muy suaves, casi inapreciables. después noté su lengua, y me miró con los ojos húmedos y brillantes, me susurró al oído —te lamo como una leona a su cachorro herido...— y yo respiré hondo, porque no quería que me viesan llorar. y aquella aria fue un antecedente de mi posterior experiencia espiritual, lo de la contracción ¿te acuerdas? y cuando llegamos a casa, nos tomamos la pastilla para dormir, y mi madre se desnudó y se metió en la cama. y yo hice algo que no había hecho nunca, la abracé y le estuve acariciando el pelo hasta que se durmió. luego apagué la luz, subí a mi habitación tarareando esa música bondadosa y expansiva, y me acosté pensando que sylvia desconocía la calidad de mis sentimientos, o no se los creía, y eso la inclinaba a no valorarlos. y me enternecía en ensoñaciones, por ejemplo... me telefoneaban del hospital —buenos días ¿hablo con el marido de sylvia...?— y que tenía una enfermedad grave, no sé, cáncer, o tuberculosis o algo similar, algo grave. y el del fular la abandonaba por temor al contagio, por cobardía... y yo iba al hospital y la veía sentada en un banco, contemplando la ría de santa cristina, muy abatida por esa enfermedad, y muy sola —sylvia...— y ella me miraba sorprendida, y entonces se cubría el rostro con las manos y rompía a llorar desconsoladamente. porque se arrepentía del daño que me había causado, y sufría por ese inmenso daño, se angustiaba y se remordía por dentro sin poder contener las lágrimas. y al fin se daba cuenta de que mis sentimientos eran profundos, y puros, únicos, incondicionales, y que siempre había sido el amor de su vida, su amor de verdad, su ternura, y lloraba

mi madre me cuidaba, me engordaba y si me veía mustio, me medicaba. y así pasaban los días, los gastaba en cines, teatros, conciertos y exposiciones que no conseguían distraerme. porque sentirse abandonado, el abandono... no sé si lo has vivido alguna vez, pero el abandono es como un desgarramiento ¿sabes? como tener el alma rota, en sumidero, y no hay alegría que dure, que no se pierda. y yo necesitaba escribir, igual que esos niños que necesitan jugar para armonizar su pequeño mundo, y... lo necesitaba. así que volví con mis amigos, con la anfetamina, que me alteraba tanto que no había pastilla que me durmiese. y mi madre se desesperaba, porque cada día estaba más desquiciado, y daba más golpes, a las puertas, a las cosas, hasta que una noche golpeé a rené, sucedió en el búho, porque... rené estaba celoso de mí, que me lo dijo hugo, y desde que me había casado con sylvia, soltaba pullitas y sarcasmos cuando alguien me mencionaba. y aquella noche, yo estaba hablando de rimbaud, no recuerdo qué dije, y además no estaba hablando con él, y ya se metió ¿no? ya saltó con su sonrisita estúpida a decir que yo me había aburguesado, que me había —apoltronado en la molicie— y que mi poesía carecía de intensidad —no mordía— y... me levanté, lo agarré por el cuello y empecé a puñetazos, que no podía controlarme, que tuvieron que sujetarme entre varios... supongo que pagó toda mi frustración y mi impotencia, esa insoportable humillación

que me hacía enrojecer si me miraban por la calle, si me seguían con la vista, si se advertían con el codo o cuchicheaban a mis espaldas, y... llegué a casa con los nudillos hinchados y sangrando, y le conté a mi madre lo de rené, que le había pegado, y me derrumbé llorando en sus brazos —mamá, estoy mal... estoy muy mal, mamá, ayúdame...

—ya lo sé, mi amor, ya lo sé... vida mía, mi pequeñito

y una tarde... bueno, me salto algunas cosas para no ser reiterativo ¿eh? una tarde, ya estaba anocheciendo, iba yo por la calle real, que me había comprado en una librería la poesía de cummings, creo, o de auden. y me pareció ver luz en... los cristales ¿no? en las puertas acristaladas del balcón. y el corazón empezó a golpearme el pecho, y di la vuelta por la marina, volví a mirar por si era algún reflejo del sol, o de... y sí, parecía que había luz, que había alguien en la casa. y me puse muy nervioso, no me decidía a subir, porque a lo mejor estaban los dos. aunque luego pensé que no, que yo le había dicho que la esperaba, y... al final subí por las escaleras y casi no podía respirar, de verdad... por la ansiedad, no por las escaleras... subí y me quedé en la puerta a oscuras, escuchando... se oía música, sólo música, el réquiem de fauré... no sabía qué hacer, quería irme pero seguía clavado allí. quería irme porque no me atrevía a verla, y que me tratase con indiferencia —ah, eres tú...— o con ese afecto vago que empujamos hacia los demás, porque... te juro que no podría con eso, y... se acabó el réquiem y pulsé el timbre, esperé temblando. y ahí estaba sylvia, mirándome, primero seria, muy seria. después... me abrazó, y yo la abracé. y cerramos la puerta, nos abrazamos con fuerza, con desesperación, y ella sollozaba, me decía —te he fallado... sé que te he fallado, y no me lo perdono...— y cuánto me había echado de menos, y cuánto me quería y que nunca había querido así —te lo aseguro, mi amor, nunca...— y yo había soñado tantas veces con esas palabras, con esa reconciliación, que me abandoné al llanto como un idiota, como un desmadejado, porque... me enternecía sylvia, me conmovían sus lágrimas y sus explicaciones. me conmovía pensar en esa fragilidad, y en mí y en la fragilidad de todo y en las excusas y justificaciones que nos ayudan a continuar y en la sabiduría de suspender el pensamiento y no pensar, o de pensar que a veces es mejor no dudar, cerrar los ojos y creer lo que te dicen

y como yo me callaba, y sólo deseaba penetrarla, que ya la había desnudado y tenía ese instinto primario de posesión, tan violento, sylvia me dijo que no, que antes debía dirigirle algún reproche, que no estaba bien que me los guardase, porque tarde o temprano acabarían saliendo y sería peor. y ella quería empezar limpia, venir limpia a mí. y yo le dije que no tenía ningún reproche que dirigirle, que los reproches no servían para nada —y además, no es elegante...— y al momento pensé en mi madre y en sus sentencias, seguro que le hubiese gustado eso de —no es elegante— y estaría orgullosa de mí, y... en definitiva, que sylvia insistió y que sí, y cogió un rotulador

del cajón y se tumbó en la cama, y me dijo que le escribiese los reproches —no, sylvia...

—sí, mi amor... si quieres, insúltame, desahógate...

—no...

—¿qué es lo que más te dolió?... venga, confiesa...

—tu silencio...

—¿y qué más?

—que te encierres en ti... que desaparezcas de mi vida... que no me llames... que cuando estás mal, sólo pienses en huir, en apartarte de mí... que yo no pueda hacer nada... que recurras a otro...

—escríbelo...— y se lo escribí, empecé arriba, en el pecho, y terminé en el vientre —ya está...

—muy bien, fírmalo... vale, ahora te pertenezco... ¿quieres que te firme yo?

—sí...

—pero, vas a ser mío ¿eh?... me voy a apropiarme de ti...— luego nos dimos un baño con velas aromáticas —es un baño purificador, nuestros reproches se irán con el agua, y quedaremos limpios para amarnos, limpios del pasado...— es lo que dijo sylvia —nuestros reproches— y es que a las mujeres les encanta bañarse

al principio todo iba bien, nos amábamos y nos gustaba estar juntos y reírnos, nos reíamos mucho, y sylvia apuntaba en su cuaderno nuestras conversaciones, que eran muy graciosas. pero después empezó a quejarse de que la observaba con cierta crudeza y desconfianza, que me había sorprendido en varias ocasiones con esa mirada y que para ella era muy incómodo, muy desagradable, y la atosigaba. y era cierto, que me quedaba ensimismado en su perfil, y me preguntaba quién era esa mujer y por qué me había trastornado de esa manera, por qué ella y no cualquier otra, por qué dos personas tan dispares convivían en esa casa de la calle real, compartiendo... no sé qué compartíamos, qué sentido tenía aquello, y... recordaba algo que había escrito kant sobre leibniz, un opúsculo que me había prestado hugo y que, al parecer, lo había inclinado definitivamente hacia la narrativa, porque afirmaba kant que era afortunado el hombre que dominaba el arte de narrar y podía despertar la fantasía de sus lectores. aunque también afirmaba que alabaría al poeta que le enseñase a sentir lo que vive en el mundo real... bueno, y escribió kant que... en sus paseos por ahí, por la campiña, leibniz recogía y estudiaba con detenimiento cada insecto que se encontraba ¿no? cada escarabajo, cada oruga... y al finalizar su examen, lo volvía a depositar cuidadosamente en el mismo lugar, sobre una piedra, o una hoja. y el corolario de kant era que amamos lo que nos estimula a reflexionar, y desde luego, a mí nadie me había estimulado más que sylvia, así que mi amor era la consecuencia insoslayable de esa estimulación constante, y... eso, que sylvia se agobiaba conmigo. y me dijo que le apetecía salir algún día con sus amigas, y que yo también debería salir con mis amigos. y una noche la vi entrando en el hotel finisterre con daniel de

maría y con otra pareja, y encima iba de anfetamina, me refiero a mí. y le dije a hugo —espérame aquí...— y fui corriendo y la llamé, que ya estaba en el vestíbulo del hotel, y vino toda cortada. y yo —¿qué haces, sylvia?

—nada, vamos a cenar... ¿por qué?... ¿qué estás pensando?

—pienso que no me agrada lo que pienso, que no debo pensarlo ¿entiendes?

—sí...

—no, no lo entiendes... no puedes entenderlo...

—sí que lo entiendo, pero no tienes ninguna razón...— y que ya hablaríamos en casa. y hablamos esa noche, y otra y otra, muchas noches, hasta que dejamos de hablar, o hablábamos con esa ironía estúpida y antipática, casi hostil, que nos troceaba, que nos iba enfriando y distanciando, y... en mayo, ya te lo conté, a finales de mayo le pedí el divorcio. en realidad, yo no quería divorciarme, porque a pesar de mi rabia, la amaba profundamente, y con una ternura inmensa que desvanecía esa rabia y cualquier resentimiento, y me exponía a su crueldad, a su indiferencia. y además, no sabía qué iba a ser de mí sin sylvia, qué iba a ser de mi vida, era incapaz de imaginarlo. aun así quería que sufriese como yo estaba sufriendo, quería que se rompiese algo en nosotros, salir de ese abismo de indolencia en que habíamos caído... perdona el lenguaje, es que soy poeta, y... le pedí el divorcio y otra vez a hacer la maleta, y a marcharse con él, me dijo que a cuidarlo, que tenía cáncer y estaba muy enfermo, que se estaba muriendo, y no me lo creí... la acompañé al ascensor, nos miramos y yo la abracé, pero no la besé, estaba demasiado dolido... y al día siguiente, muy temprano, fui a darle la noticia a mi madre, se lo dije en la cocina, mientras desayunábamos. le dije —mamá, que... que me voy a divorciar de sylvia, nos vamos a divorciar...— y mi madre se quedó callada, sopesando la noticia. naturalmente, se puso de mi parte —es que yo creo que ha sido un error que te casaras con ella... es mayor que tú, más experimentada... y yo ya sabía que esa mujer no era para ti...

—sí que lo era, mamá... sí que era para mí...

—bueno... y... ¿ya no os queréis?

—no es eso...

—tú aún la quieres ¿verdad?

—claro...

—pues entonces, espera... pensadlo bien... antes de dar ese paso...

—es que yo no puedo más, estoy roto... me estoy destrozando, mamá

al-nosequé

ahora te voy a contar algo que siempre he ocultado, porque no quiero que la gente piense cosas raras de mí... bueno, primero te hablaré de mi estado mental, que en esa época era ruinoso, desolador. no podía dormir por las noches y daba vueltas en la cama y todo era sylvia y sylvia y sylvia. y entonces revolvía en mi cabeza buscando alguna escena agradable, y no la encontraba y otra vez sylvia ¿no? que me resultaba imposible pensar en otra cosa. de hecho, una de esas noches escribí un poema, un haiku, a las cinco o seis de la madrugada, que define perfectamente ese estado, y que para mí vale más que mil palabras y mil explicaciones:

no hay en mí
ni un solo pensamiento
que no duela

ese era mi haiku y mi realidad. y en ese estado, entré una tarde en la biblioteca y me dirigí a la sección de poesía, y al retirar del anaquel una antología de los poemas de hart crane, se me cayó al suelo el libro que estaba al lado. y nada, que lo recogí y me llamó la atención su portada, porque era una rosa deshaciéndose ¿sabes? como una explosión de pétalos, y me acordé de mi madre, de lo que había dicho el profeta, que no debes pegarle a una mujer ni con el pétalo de una rosa. me acordé porque el libro era de un místico iraní del siglo xi o xii, alnosequé, y es que yo me llevé el libro prestado y lo leí y lo devolví, pero cuando quise releerlo, después de haber vivido mi propia experiencia espiritual, me dijeron que ese libro no existía, que a lo mejor me lo habían prestado en otra biblioteca. de todos modos, me dijo la bibliotecaria, que era bastante áspera y atravesada, una arisca de lo peor, que mirase en la sección religiosa —si quieres...— esto me lleva a pensar que ese libro lo habían puesto ahí para mí, porque no era de poesía, y... ya, me preguntarás que quién o quiénes lo habían puesto ahí para mí. ya, ya lo sé... en fin, son sensaciones, y esa es la sensación que tengo y ya está. lo importante es que este místico iraní hablaba de la contracción del espíritu, y decía que en algunos casos es muy difícil conocer la causa. no en el mío, porque mi contracción espiritual había comenzado en la infancia, al tomar conciencia de la creciente animadversión de mi padre, y posteriormente y tras su inesperado suicidio, el molesto escrúpulo de sentir aquella calma tan cercana al vacío. luego llegó sylvia y acabó de contraerme, ensució mis ilusiones, me encogió por dentro, me... bueno, y decía este místico iraní que lo único que se podía hacer, el único remedio era la sumisión total y absoluta a la voluntad divina, confiando en que desvanecería paulatinamente ese estado contractivo. en cuanto a la expansión espiritual, aseguraba que la alcanzabas de una forma tan repentina que te estremecías de euforia y regocijo.

y al mismo tiempo, y al desconocer por completo ese estado y qué lo provocaba, esa euforia y ese regocijo te intimidaban

bien, te cuento lo que me pasó la noche del uno de junio, porque creo que fue el uno de junio cuando me alcanzó esa expansión. llegué al búho bastante temprano y no había nadie, y me senté en un rincón a beber cerveza y a pensar en sylvia poéticamente, a ver si se me ocurría algo, porque quería escribir poemas de desamor ¿sabes? quería hablar de esa agonía estéril, encontrar el tono preciso y escribir desde ahí, desde ese tono, y... estaba en aquel rincón con los ojos entornados, y al momento vino erika —qué ¿qué tal?

—bien ¿y tú?

—ya me ves, perfecta... ¿no ha venido nadie?

—no... no sé...

—qué aburrimiento... menos mal que tengo en casa una buena medicación...

—¿sí?

—sí...

—¿qué tienes?

—anfetamina de la mejor, alucinas y todo... ¿te atreves?

—claro que me atrevo...

—pues vamos...— y nos fuimos a su casa, y... siempre he pensado que el número tan elevado de pastillas que me tomé, propició la expansión, y que si hubiese estado elsa, por ejemplo, ya no la habría alcanzado, porque habríamos tenido que repartir. y era muy raro que erika anduviese sola por ahí, que no la acompañase elsa. y claro, le pregunté dónde estaba —¿y elsa?— y me respondió sin muchas ganas de ahondar —nada, estamos un poco así... semienfadadas...— y te digo esto para que veas el absoluto azar que rige nuestras vidas, y... yo iba muy incómodo al lado de erika, por varias razones, porque era más alta que yo, y más grande, y vestía de una manera estrafalaria ¿no? chillona, y con esa actitud desafiante. y además... mi impresión era que la gente evitaba mirarla ¿entiendes? porque a muchos los conocía íntimamente, y se azoraban al cruzarse con ella por la calle, al verla. y también me incomodaba mi propia incomodidad, el no estar por encima de eso, de tanta hipocresía y tanta imbecilidad y tanto miramiento. y me acordaba de lo que había dicho rené, que me estaba aburguesando, y me entraba una rabia feroz, de verdad... en fin, que llegamos a su casa y preparó la mesa, con zumo de naranja, vasos y dos cajitas —¿las conoces?

—no...

—pues ya verás... son de doce, yo creo que con diez cada uno es más que suficiente...

—¿y vamos a dejar dos?— que la rabia me había vuelto audaz. y erika —tienes razón...— y eso, que nos tomamos doce cada uno. y estuvimos así, mirándonos y sin saber qué hacer. y me dice —¿te leo unos poemas?— y se levantó para ir a buscar los

poemas, y tardaba, y... apareció desnuda, con unos folios en la mano —quítate la ropa... si no, no te leo nada...— que cuando íbamos a su casa solíamos desnudarnos. era una forma de... no sé de qué, de estar desnudos, de... comunión, y yo obedecí y me quité la ropa, me tumbé en el sofá. erika se sentó en el sillón —oye, si te gustan ¿podrías conseguir que me los publicasen, eh?

—¿en la revista?

—sí...

—no sé, ahora ya...

—¿es cierto que te cortaste las venas?

—sí...

—a ver...— y tuve que enseñarle la cicatriz —exhibirla— dijo que casi no se notaba, y me advirtió —te voy a decir una cosa, yo... he pensado mucho en esto, y he llegado a la conclusión de que el amor no existe, ni los sentimientos ni toda esa mierda... lo único que existe es la emoción sexual... el resto es autosugestión...

—sí, puede ser... pero no te imaginas lo que duele...

—ya... bueno, te voy a leer... este poema tiene relación con eso, con la emoción sexual... se titula habitaculo... así, sin acento...— y nada más ponerse a recitar, sonó el teléfono. y erika —¿sí?... no... ahora no puedo... ¡que ahora no puedo, joder!— y colgó y continuó con el recitado, mientras yo pensaba que era la persona más bruta que había conocido en toda mi vida, y trataba de discernir entre el amor y la emoción sexual que sentía por sylvia. y recordé que dos o tres días antes había planchado su ropa, la que había dejado en el tendedero, secándose, y no paraba de llorar, y que la doblé y la guardé en el cajón como si estuviese guardándola a ella, con el mismo cuidado y la misma veneración, y... de repente, me dice erika —¡joder, no te estás enterando de nada!

—sí... es que me está subiendo...

—bueno, ya te los leeré en otro momento... ¿quieres sexo?

—no...

—no digo pegarte, digo... una mamada y follar... ¿eh?

—no... estoy bien...

—estás hecho una puta mierda... mírate al espejo, anda... te voy a decir una cosa ¿eh?... ninguna mujer vale la pena... nadie vale la pena...— y nos quedamos callados, pensando en sylvia, y supongo que en elsa, hasta que volvió a sonar el teléfono y yo me sobresalté, que ya tenía el corazón muy alterado, muy acelerado. y erika —¿qué?... joder... hoy estás pesadito ¿eh?... es que estoy con un amigo... sí... puedo hacer lo que quiera... exacto... bueno... a lo mejor dentro de un rato... que a lo mejor dentro de un rato paso por ahí, a lo mejor... vale... que sí, pero te va a salir caro... caro en todos los sentidos... vale... adiós... joder... no me apetece nada, pero tengo que hacerle una visita a este idiota... ¿tú qué haces?

—no sé...

—si quieres, espérame aquí...

—no, es igual... yo también me voy

nos vestimos... bueno, se vistió erika, que no usaba ropa interior y acabó antes. después me ayudó con el pantalón y los zapatos, que yo estaba sobrepasado, no hacía pie, incluso tuve que agarrarme a ella, a su brazo, y andar así por la calle, y es que la veía tan fuerte, tan segura. y le decía que caminase despacio —despacio, erika...

—joder, cómo estás...

—me está subiendo mucho... la cabeza...— y erika se reía y me llamaba —enclenque— en fin, que la acompañé hasta un portal de la marina, en realidad, no la acompañé, iba pegado a ella, que no podía separarme, no me atrevía, y... pulsó el timbre del último piso, del ático, y le abrieron la puerta. y yo —erika, no te vayas...

—¿qué?

—por favor, no te vayas ahora... espera a que me pase...— y no me hizo caso, que se moría de risa —¡joder, qué hombres!— y la vi subir las escaleras con aquella bolsa de deporte, imagino que ahí llevaba sus aperos, su neceser, y cuando llegó al descansillo, se giró y me dijo en voz alta —¿sabes qué?... que tiene razón rimbaud... ¡no estáis en el mundo!— y desapareció. y yo me quedé solo, expuesto, y apoyé mis manos en la pared, en unos azulejos con motivos florales que casi no podía ver, porque me mareaban. y quería marcharme ¿no? pero la puerta estaba a unos cuatro metros de distancia, ya... me gustaría verte en mi situación, y... respiré hondo y di unos pasos, la abrí y salí a la calle. crucé hacia la dársena, huyendo de la gente y sus miradas, que no hay nada más molesto, y me senté en un noray a contemplar los reflejos en el agua, y a ver si se me pasaba un poco. había una luna fría y nítida, busqué mi cuaderno para apuntarlo, un bolsillo y otro y no lo encontré, lo había perdido, a lo mejor se me había caído en la casa de erika. y me vi obligado a memorizar, que es algo que detesto, de verdad. y memoricé:

luna fría y nítida
que se recorta

y al memorizarlo, y quizá por lo pobre y forzada que me resultaba esa apreciación, sentí un deseo muy intenso de arrojarme al agua. así que me levanté y me alejé de allí, y entonces sobrevino la expansión. te lo voy a contar tal como sucedió ¿eh? sin añadir ni quitar nada, sin adornarlo

yo iba por la acera del puerto ¿no? la que va a comisaría. estaba bastante oscuro, y a la altura del edificio de correos, vi una sombra que se acercaba, era un hombre corpulento, grande como erika, aunque prefiero hablar de presencia y no de hombre corpulento, porque además, parecía desplazarse sin esfuerzo alguno ¿sabes? con mucha agilidad, y... esta presencia se paró delante de mí, me besó en los labios y me dijo con un acento amable y extranjero —eres un ángel...— fueron las únicas

palabras que pronunció, y siguió su camino. yo no me volví, y debo decir que en ningún momento me sentí violentado, sino... dichoso ¿entiendes? como si flotase en una atmósfera propia, y nada pudiera afectarme. y temblaba de alegría, temblaba tanto que me abracé a un árbol, a uno de esos que plantan en las aceras, y para mí era igual que abrazar a un ser humano, a sylvia... y claro, pensaba en ella, en sylvia, porque la alegría siempre nos recuerda a la persona que amamos. y sin embargo, y por primera vez, me sentía elevado por encima de todas esas imágenes de sylvia, imágenes que me habían atormentado día tras día, cada hora, cada minuto y cada segundo, y de verdad que no exagero, que era un suplicio constante. sylvia de rodillas haciéndole una felación, sylvia a gatas en la cama mientras aquel idiota la penetraba analmente, sylvia acariciando a su segundo padre y diciéndole al oído —cuando me la metes por detrás, noto cómo me sube el calor a la cara...— y todas esas imágenes repulsivas de sylvia se diluían, se desvanecían en mí sin dolor, como si me hubiesen inyectado la más dulce de las anestésicas. y me eché a llorar de alegría, de gratitud, de piedad, de... yo qué sé, pero me abrazaba a aquel árbol y lloraba conmovido. yo solo, yo en la cumbre, derramándome sobre el mundo y sus criaturas

te juro que nunca he sido tan feliz, y que hubiese estado toda mi vida abrazado a aquel árbol y acariciando su corteza, en serio... sintiéndolo, y sintiéndome. pero quería contárselo a alguien, a mi madre, necesitaba comunicarle esa expansión espiritual, que participase ¿no? y fue lo primero que pensé —tengo que decírselo a mamá...— y eché a correr por los jardines, y al pasar por el banco del helado ¿sabes? donde le había pedido el divorcio a sylvia, me senté y me inundó la ternura, me arrepentí de mi comportamiento, de haberle hecho daño. y me acordé de nuestras noches, cuando apartaba su almohada, yo le llamaba su —barco— y lo apartaba y la estrechaba entre mis brazos, y ella siempre me pedía que le acariciase el pelo, que le gustaba mucho —acaríciame el pelo...— y yo la acariciaba y se quedaba dormida en mi pecho, dormidita, en segundos... —ah...— suspiré, y dije tres veces su nombre, la invoqué —sylvia, sylvia, sylvia... te quiero...— y otra vez a correr por los cantones, sonriendo y con los ojos llenos de lágrimas, y así hasta casa. llegué y encendí la luz del pasillo, entré en la habitación de mi madre y me arrodillé, luego posé mi mano en su mejilla... qué diferente era el amor de mi madre al de sylvia, el amor de mi madre me alimentaba, me acomodaba en mí, me alentaba... en cambio, sylvia era desazón, inquietud, odio de mí y deseo de ser ella, de fundirme, quizá debido a la naturaleza, a la procreación y todo eso, no lo sé... lo único que sé es que acaricié a mi madre, su mejilla, y le susurré —mamá...— ella sonrió con los ojos cerrados. y yo —mamá... ¿me oyes?

—sí...

—tengo que contarte una cosa...

—¿qué, cariño?

—que soy un ángel...

—ya lo sé, mi amor...

—soy un ángel de verdad, mamá...

—sí, pequeñito... anda, vete a la cama

el ángel en mí

te preguntará cómo es la vida después de una expansión espiritual ¿no? cómo se vive tras esa experiencia, pues... lo primero que haces es recogerte, aislarte, rehuir el trato con los demás, porque te resulta insufrible lo ancestrales que son, por emplear un eufemismo, y... porque ese contacto con los demás, con esos ancestrales, te ensucia, te mancha, te arrastra hasta perderte. y tú te sientes tan limpio, tan hermoso y resplandeciente que no quieres regresar a esa mezquindad cotidiana, prefieres abandonarlo todo y morir en cualquier rincón apartado, lo que sea antes que renunciar a ese estado de distinción absoluta, de ingravidez, y... entonces se entabla una lucha constante contra el mundo. y yo, por ejemplo, cuando me enfadaba o tenía malos pensamientos sobre alguien, o sea, sobre sylvia, procuraba encaminarme hacia la expansión, porque sabía que dentro de mí, había un camino trazado, un acceso a ese estado expansivo. era la certeza casi física de que una vez abierta esa vía, ya no volvería a cerrarse jamás, que debía perseverar, y... como sólo estaba mi madre en casa, muchas veces la abrazaba, y la besaba, y le decía —te quiero, mamá... te quiero siempre...

—y yo a ti, mi amor, mi ángel precioso...— que me llamaba —mi ángel— desde aquella noche, y también me llamaba —mi alegría— que ya me dirás... pero ella parecía feliz, y eso es lo que importa, y... claro, un día se presentó sylvia, que era de esperar, yo al menos lo esperaba, porque me había enterado de la muerte del insigne poeta —daniel de maría— me lo había dicho mi madre, mirándome a los ojos, a ver qué cara ponía, cómo me afectaba la noticia. y yo dije —ah...— muy indiferente, como si no fuese conmigo

bien, quizá sea el momento de analizar mis sentimientos... debo confesar que al principio me sentí aliviado ¿sabes? una culpable sensación de ligereza, igual que con mi padre, que me levanté por la mañana, bajé a desayunar y ya me di cuenta de que pasaba algo, porque mi madre tenía los ojos rojos, de llorar, y me llevó a la sala, a nuestro sillón, y me sentó en su regazo —mi amor... escucha, papá... ahora tenemos que ser fuertes ¿eh?... papá no va a volver...

—¿por qué, se marchó?

—no... ha sido un accidente, en la celda... pero no sufrió...

—¿qué accidente?

—lo hizo para protegernos...— y así fue como mi padre se encaramó a su pedestal, y ahí se entronizó a perpetuidad, como esos benefactores de plaza que señalan cosas con el dedo, con el índice. en fin, lo que quiero decir es que, a esa ligereza, le sigue un extraño vacío, el reconocimiento de una incapacidad, el saber que tú no has vencido, que no has superado nada, que ha sido la muerte la que ha

luchado y vencido por ti. y además, la brusquedad con que se ha desocupado ese espacio mental hace que los pensamientos vaguen sin objeto, sin oposición ¿entiendes?

y eso, que un día, una mañana apareció sylvia, oí su risa desde mi habitación, las oí reír, y me alegré tanto que me dolía, porque... había perdido mi orgullo, o como quieras llamarle, mi dignidad. sin embargo, y supongo que para consolarme, pensé que esa alegría se avenía perfectamente con mi actual estado expansivo. así que me acicalé y bajé a la cocina, y mi madre exclamó al verme —¡ah, aquí está!— como si hubiese llegado el punto culminante de alguna subasta. sylvia me sonrió —hola...— y yo me acerqué a besarla, en la mejilla. creo que no le gustó. no, no le gustó, no le hizo ninguna gracia. mi madre estaba con los pomelos... ¿ves? llega sylvia y ya me pongo tenso y desagradable. en definitiva, que desayunamos, ellas hablaban del verano, del calor, sylvia dijo que la habían invitado a pasar unos días en una casa de la toscana. y mi madre —qué bien ¿no?

—sí... bueno, aún no sé qué voy a hacer...— entonces me miró, nos miramos, y me preguntó si podíamos hablar —¿podemos hablar?— y mi madre nos dijo que se iba enseguida y nos dejaba solos. y yo —no, es igual, salimos un momento al jardín...— un momento para decirle que sí, que vale, que nos divorciamos, que firmo lo que haya que firmar y ya está, se acabó. se acabó sylvia, se acabó el tormento, se acabó... nos sentamos en el banco del ciprés, el que habíamos plantado mi madre y yo en mi fiesta de cumpleaños, diez años. nos sentamos y nos quedamos callados, contemplando a un mirlo que andaba por allí, por la hierba. hasta que sylvia se cansó del mirlo y me dijo —estás cambiado...

—sí... es que soy un ángel...

—bueno, tanto como un ángel...

—tú también estás cambiada...

—sí, estoy más fea...

—no... ya sabes que no...

—gracias... yo... tengo que decirte algo...

—no, sylvia... no me digas nada. ya está, no... tienes que darme explicaciones... lo entiendo, y... firmo lo que sea, de verdad... de verdad...

—no es eso... ha pasado algo que...

—no, sylvia. me da igual, de verdad, no quiero saber nada...

—es que estoy embarazada...— sentí un golpetazo en el corazón, te lo juro, no respiraba, y cuando estoy así, sin respirar, pienso más, con más intensidad, no es broma ¿eh? y en los seis o siete segundos que transcurrieron hasta mi respuesta, pensé en daniel de maría, en el maquetador de la revista —minotauro— en la casa de la toscana, en que se había acabado todo, en... —enhorabuena, es... lo que siempre has deseado... estarás feliz ¿no?

—es tuyo...

—no, sylvia... eso no, es mezquino...

—es tuyo y puedo demostrarlo, puedo solicitar una prueba de paternidad...

—y mi madre te echará encima a todo el gremio de abogados...— lo dije por decir, por rabia, por ese asedio incesante, y es que para mí el gremio de los leguleyos era el más odioso, si exceptuamos a los escritores, a los novelistas, a esos farsantes como hugo, hipócritas, que no hay por donde cogerlos, y... sylvia insistió en que era mío —es tuyo... y ningún gremio va a cambiar eso... es igual, no te preocupes, no lo voy a hacer... no voy a solicitar ninguna prueba de paternidad... no voy a obligarte a... aceptar... sólo quería que lo supieras...— le temblaban los labios, estaba a punto de llorar, se levantó del banco y dijo sin mirarme —adiós, dale un beso a tu madre... — y se fue hacia la verja, muy consciente de que se llevaba algo mío, y no me refiero al bebé, me refiero a mí, a mi vida ¿entiendes? y... abrió la verja, la cerró y desapareció tras los bojes. y yo me quedé allí sentado, continuaba sin respirar, pero ahora no podía pensar en nada. bueno, sí... pensaba que sylvia nunca había estado más hermosa, y que seguía siendo mi mujer, mi compañera, mi poetisa, mi esposa, aunque lo hubiese olvidado tantas veces. seguía siendo... todo, mi amor y mi odio, la dueña absoluta de mis sentimientos. y ya no me importaba quién era el padre, en serio ¿eh? no me importaba, porque... buscamos la verdad en las cosas, en los hechos, y sin embargo, la verdad siempre está en otra parte, no fuera sino dentro de nosotros, es una sensación, y poco más. y sylvia era mi verdad, mi única verdad, mi dolor, y también mi vida... me levanté del banco y atravesé el jardín. mi madre estaba asomada a la ventana de la cocina, le dije —mamá, vamos a tener un bebé... sylvia...

—ya lo sé, mi amor... corre, no dejes que se vaya...— y salí corriendo, bajé hasta el estadio y ya la vi cruzando la plaza de portugal. grité —¡sylvia, sylvia!— y al oírme, se quedó quieta en mitad de la plaza, todo se quedó quieto en la mañana, los automóviles, los transeúntes, las gaviotas, y allá lejos, las olas de riazor, que no acababan de romper. sólo yo me rompía abrazado a sylvia, sólo yo salpicaba sangre de mi sangre, me ejecutaba en sus labios, la invocaba en el sacrificio —sylvia, sylvia, sylvia...— mi esposa, mi vida, mi cuchillo de obsidiana... en fin, todo es tan rematadamente complejo, quién puede entenderlo... nadie, ni tú ni yo. y si hablo, es para encubrir este silencio, para distraer esta angustia que llevo atada. hablo desde la confusión, y en una lengua extraña, que desconozco. y qué más da, si a veces ni siquiera sé para quién hablo